

LA DOBLE BATALLA

CLARK CARRADOS

La doble batalla

Clark Carrados

Espacio el Mundo Futuro/128

CAPÍTULO PRIMERO

Era un hambre horrible la que padecía Hyavor, no saciada desde hacía siglos, un hambre que hacía estremecer dolorosamente todas y cada una de las moléculas y átomos de su cuerpo, y Hyavor no tenía nada a su alcance con qué calmar aquella imperiosa necesidad que chillaba agudamente en el interior de su organismo. Hyavor estaba condenado a muerte, y él lo sabía. Podían pasar varios siglos antes de que tal contingencia sucediera, pero ineludiblemente acabaría por ocurrir, y entonces Hyavor, el último miembro de la otrora poderosa raza de los Hyavor, desaparecería, y con él toda su estirpe.

Hyavor aguardaba la muerte con fatalismo, sabiendo que allí, en el planeta en que moraba, no podía hacer otra cosa por salvarse. Ni en los tres planetas más que componían su sistema, los cuales giraban en torno a un moribundo sol, que apenas si tenía ya la fuerza suficiente para emitir un débil resplandor rojo anaranjado. Todo signo de vida había desaparecido y él era el único ser que la conservaba, si es que vivir podía llamarse a aquel género de existencia.

Hyavor se arrastró perezosamente por encima de las grises rocas de su planeta, buscando mecánicamente, empujado por un subconsciente que no dependía de su voluntad, algo que comer. En vano fue que, en pocos minutos recorriera en todos los sentidos la superficie del planeta; todo estaba muerto, la vida había huido hacía millares de años y él era el único ser que existía.

Un profundo gemido, un desesperado sollozo, salió del interior de su cuerpo. Era un lamento en el cual latía el profundo anhelo de

rebelarse contra aquella situación, una queja frenética, una acuciosa llamada de socorro… que nadie sino él mismo podía oír.

Sin dejar de moverse, Hyavor recorrió las altas cimas de las montañas, que habían perdido su agudeza por la incesante limadura del viento y la arena que soplaban allí casi sin cesar, los hondos valles y los quebrados barrancos, en los cuales no se veía la menor mota de vida. Ni un ser, ni una planta, ni una gota de agua vivían sobre el planeta; todo, salvo él, estaba muerto.

Cansado, pero no exhausto, más bien hastiado de algo que venía repitiéndose con monótona regularidad durante centenares o acaso millares de años, Hyavor se detuvo en las afueras de algo que le recordaba constantemente el feliz tiempo ido, cuando tenía alimento a discreción, cuando era aún joven y se sentía capaz de desplazarse a cualquier sitio con un movimiento tan rápido que la vista era inhábil para percibirlo. Hyavor emitió un agudo lamento y se concentró hasta el punto de convertirse en una bola de grisáceos tonos, apenas mayor que una pelota de fútbol.

Y entonces, como hacía con frecuencia en los últimos tiempos, dio una orden a su cerebro y se durmió. Así dejaría pasar un buen espacio de tiempo sin pensar en nada, acallando las protestas de su estómago, olvidando la triste suerte que iba a correr, con su desaparición, el otrora poderoso pueblo de los Hyavor, de los cuales él era su último representante.

* * *

Hyavor estaba dormido y por eso no vio que, a la derecha del agonizante sol de su sistema, se encendía otro, de más viva luz, aunque de tamaño infinitamente menor. El nuevo sol se fue acercando al planeta, y aumentando cada vez más de tamaño, hasta que se pudo ver claramente que no era un astro, sino una nave espacial, brillante como una joya y poderosa como un acorazado.

La cosmonave deceleró a medida que se acercaba al planeta. Luego perdió altura y comenzó a descender lentamente, hasta quedar suspendida a una docena de metros del suelo, sin nada, en apariencia, que la sostuviera. Era un aparato enorme, de acaso quinientos metros de largo, por cien o más de grosor, arrojando fuego por los centenares de ojos de sus lucernas, encendidas constantemente en aquella crepuscular atmósfera del planeta.

Dentro de la enorme astronave los altoparlantes llevaron a todos y cada uno de sus rincones las voces de los especialistas que anunciaban al puente de mando el resultado de sus observaciones. Temperatura, presión atmosférica, toxicidad de la capa gaseosa, radiactividad, todo fue medido rápida y exactamente por los aparatos «test» proyectados al exterior, hasta que el comandante de la nave estuvo seguro de que podía enviar fuera una patrulla de reconocimiento.

Ian Forrell, comandante de la «De Soto», ya tenía a mano un trozo de papel en el que había escrito unos cuantos nombres de tripulantes. Los llamó inmediatamente.

—Phil Kenitra, arqueólogo; Roy Dufresne, radio; Ramón Delgado, geólogo; Derrick Johannson, topógrafo; Joe MacNobb, «cameraman»; Lena Mariani, psicobióloga, y el teniente Thellers con seis hombres. Todos los nombrados deberán dirigirse a la Esclusa Sur Tres. Misión: exploración ordinaria de la zona circundante. Tiempo máximo: veinticuatro horas. Comandante de la expedición: el doctor Smudsen. Recomendación especial: entablar contacto amistoso con los nativos, si los hubiese, y evitar toda demostración hostil. Terminado.

Con un bostezo, Ian Forrell dio media vuelta al conmutador de la radio y se sentó frente a su compañero, amigo y segundo en el mando de la nave, Arthur LaMure. Ahogó un bostezo y movió indiferentemente la torre del tablero de ajedrez que tenía ante sí.

—Es curioso —dijo LaMure.

—¿Qué es curioso? ¿Ese movimiento de la torre, Art?

—Oh, no, no me refería a eso, sino a ti, Ian.

—¿A mí? ¿Qué tengo yo de curioso, Art? Anda, mueve.

LaMure vaciló un segundo y empujó el peón de alfil de dama a la casilla siguiente. Luego dijo, mirando a Forrell:

—Antes, cada vez que llegábamos a un planeta, solías ir tú en persona y comandar la expedición exploratoria. Que yo recuerde, éste es el tercero a que llegamos y no te mueves de la nave.

—¡Bah! ¿Para qué? De sobra sabemos que estamos en un sistema moribundo, que apenas si puede durar ya un millón o dos de años. No hay más que ver su estrella central; ha llegado ya a su fase de enfriamiento y no repone la energía que consume. No hay más que cuatro planetas en el sistema, y los tres que exploramos anteriormente

tenían menos vida que la venda de una momia. Sabiendo todo eso, ¿te extraña que me quede?

—Por supuesto —contestó LaMure— que tienes razón, Ian. Da asco mirar la superficie de este planeta desde una cualquiera de las ventanas. Me supongo que aquí no encontrarán nada más que piedras y arena, sin el menor vestigio tan siquiera de vida vegetal. Menos mal —suspiró— que ésta es nuestra última parada y que de aquí volvemos a la Tierra. ¡Uf!, y lo que daría por estar ya allí.

Mientras el comandante y su segundo seguían jugando su partida de ajedrez, en la esclusa los trece miembros de la dotación que el primero había designado se disponían a descender, ignorando que Hyavor estaba muy cerca. Charlaban entre sí excitadamente, como cada vez que eran nombrados para un desembarco exploratorio, aun sabiendo que iban a poner el pie en un planeta muerto; pero, sin embargo, también sabían que aquella exploración aliviaría durante veinticuatro horas terrestres la monotonía de la vida de a bordo. Uno tras otro fueron bajando, y no fue la psicobióloga, Lena Mariani, la última en salir de la cosmonave.

En el puente de mando, LaMure preguntaba a su comandante:

—¿Enviaste a Lena con la expedición, Ian?

El otro asintió:

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

LaMure se encogió de hombros.

—Oh... pensé que no te gustaba que Lena pudiera correr un posible peligro en un planeta totalmente desconocido para nosotros.

—Están el teniente Thellers y sus hombres como medida de protección, primero. Después, ocurre que sólo hay, y demos gracias a Dios por ello, tres psicobiólogos en la «De Soto», dos de los cuales han tomado ya parte en sendas expediciones. A Lena le correspondía ahora y... bien, ya sabes que es norma a bordo no eximir a las mujeres que forman parte de la tripulación de ninguna de sus funciones específicas.

—Bueno, si lo tomas así, Ian... De todas formas, ¿qué más daba que fuera Lena que cualquiera de los otros dos?

—¿Y por qué no había de ir ella? —arguyó el comandante.

—Ya te lo dije antes; pensé que…

—No pienses nada, Art —dijo Ian secamente—. Para mí, Lena es ni más ni menos que cualquier otro miembro de la tripulación. Podrá ser muy hermosa, pero…

LaMure escondió una sonrisa con la cual pretendía expresar sus dudas acerca de las palabras de su comandante, y luego, moviendo un caballo, dio jaque al rey.

Mientras tanto, la expedición se hallaba ya en tierra. El doctor Smudsen olió el aire y arrugó la nariz.

—¡Puaf! —gruñó—. Al menos podían haber perfumado esto.

—No se queje, doctor —dijo el geólogo, Ramón Delgado, haciendo oscilar el Geiger en torno a él para ver si descubría algún signo de radiactividad que hubiera podido escaparse a los aparatos de a bordo—; peor era aquel planeta de Alfa de Carina, ¿eh?

Thellers se acercó, llevándose una mano a la frente.

—Perdóneme, doctor, ¿puedo preguntarle dónde estableceremos el campamento?

Smudsen hizo un gesto vago.

—Convendría que nos alejásemos un poco de la nave antes de decidir nada. Iremos… hacia allí —y la mano del doctor señaló el primer punto que se le ocurrió.

Si lo hubiera hecho hacia cualquier otro lado jamás se hubieran encontrado con Hyavor, y éste no se hubiera enterado nunca de la presencia de otros seres en su mundo, pues los sueños que acostumbraba a descabezar Hyavor solían durar cinco o seis años terrestres, cuando, como ahora, sólo hacía una especie de siesta.

Thellers asintió.

—Muy bien, doctor. Dispondré todo para la marcha.

A pocos pasos de allí, Lena Mariani se estremecía bajo la gruesa tela de abrigo de su traje.

—Esto no me gusta —decía a su compañero, el radio Dufresne.

—¿Por qué? Oh, ya sé que me vas a decir que no estamos en nuestro

planeta, pero ¿por qué mirar éste con los mismos ojos que a la Tierra?

Ella negó:

—No… no sé qué hay aquí, Dufresne, pero te aseguro que ahora mismo, si pudiera, me volvería a la nave y le pediría a Ian… ¡ejem!, al comandante, que reanudase el vuelo inmediatamente.

El radio cargó al hombro una pesada mochila conteniendo todos sus instrumentos y soltó una carcajada.

—¡Oh, los presentimientos femeninos! —rió—. Está bien, monada; si no te encuentras aquí a gusto, vuelve arriba y dile a tu… ¡ejem!, al comandante, que envíe a Oshita o a Zorrillo, los otros psicobiólogos.

Lena poseía un pelo precioso, rubio, peinado en cortos bucles, los cuales se movieron cuando ella agitó su cabeza nerviosamente.

—¡No! —contestó rotundamente—. No cometeré esa estupidez. Diría que… que…

—¡En marcha! —se oyó la voz del teniente Thellers, la cual rebotó luego en lúgubres ecos por las cercanas colinas, sumidas en una impenetrable semioscuridad que daba la sensación de permanecer así en todo, sin aumentar ni disminuir.

Las botas de los trece expedicionarios hicieron crujir la arena al pisarla. A lo lejos, una ráfaga de viento levantó un remolino de polvo que corrió velozmente por el suelo durante medio kilómetro hasta que, de pronto, deteniéndose, se deshizo en un instante. La ráfaga continuó su camino y, al chocar contra unas rocas, aulló siniestramente.

—Esto continúa sin gustarme —murmuró la joven, caminando al lado del doctor Smudsen.

—¿Eh? ¿Qué decía usted, señorita Mariani?

La muchacha se sobresaltó; no se había dado cuenta de que había pensado en voz alta.

—Nada, nada, doctor —dijo.

Y para ocultar su turbación, refrenó su marcha hasta emparejarse con el geólogo, antiguo amigo suyo.

—Ramón —murmuró.

—¿Qué hay, Lena? —le contestó Delgado, sin mirarla, con la vista clavada en el oscilógrafo del contador.

—Escucha, Ramón, ¿no sientes tú algo así como… como…?

—¿Una aprensión?

—Sí, eso es, Ramón. Yo lo he sentido desde que desembarcamos y, a medida que avanzamos, me noto peor.

Delgado levantó los ojos.

—¡Lena! Si estás enferma, pide el relevo y vuelve a la nave.

—Oh, no es eso, Ramón. No estoy enferma físicamente, si te refieres a eso. Es… un vago presentimiento de algo desagradable, como si fuera el anuncio de un próximo desastre… ¡qué sé yo, Ramón!

El español se encogió de hombros.

—¡Bah, tonterías! Lo mejor es que dejes de pensar en eso y te preocupes de, por ejemplo, nuestra ya próxima llegada a la Tierra.

—Para algunos de nosotros no habrá tal llegada —dijo Lena sombríamente. Y Delgado, volviendo a alzar los hombros, calló, pero pensando en su interior: «Esta chica se ha vuelto loca».

Tranquilamente, sin prisas, la expedición continuó su camino, subiendo y bajando los suaves desniveles de las colinas que rodeaban el lugar de desembarco. La negra mole de la «De Soto» iba empequeñeciéndose a medida que ganaban terreno, pero sus luces continuaban brillando, simulando cientos de inmóviles faros que alumbraban el camino de su regreso.

Hallaron una elevación de abruptas paredes y la rodearon, atravesando por un angosto cañón de unos cincuenta o sesenta metros de altura por diez de anchura, con numerosas curvas que impedían ver con claridad el final de la hendidura. Los pasos de los expedicionarios sonaban rítmicamente y sus ecos rebotaban contra las paredes del cañón con lúgubres sonidos.

No se veía otra cosa que rocas y arena. Ni el menor rastro de seres vivientes, ya fueran animales o vegetales. Todo cuanto tenían ante su vista aparecía muerto, sin el menor signo de vida, desierto, absolutamente desierto.

Salieron del cañón, dando a una gran planicie que se fundía en las no muy lejanas sombras del eterno crepúsculo del planeta. Pero ello no fue óbice para que descubrieran algo con lo cual no contaban. A unos doscientos metros de distancia vieron algo que no podía confundirse ciertamente con las rocas de aquel pelado y hostil mundo. Se oyeron varias exclamaciones con las cuales los expedicionarios demostraban la enorme sorpresa que les había causado el inesperado hallazgo.

Eran las ruinas de una que antaño fuera poderosa ciudad, según se apreciaba a simple vista. Todavía había muchas paredes en pie, calles amplias y espaciosas, edificios en aparente buen estado de conservación, pero la arena que cubría el suelo hasta una buena altura decía bien claro lo que podía esperarse de aquel hallazgo. Muchos de los muros se habían derrumbado y sus escombros formaban grandes montones en medio de las calles, dificultando la posible marcha de los expedicionarios por ellas.

Smudsen detuvo su caminar y el resto de la patrulla lo imitó. El doctor dijo:

—Nos dividiremos en dos partes y continuaremos la exploración, reuniéndonos en el lado opuesto de esta ciudad en ruinas. Allí acamparemos y desde ese punto continuaremos las investigaciones hasta que sea la hora de emprender el regreso.

Así se hizo, después de que el propio doctor Smudsen hubo designado a los que iban a ir en un lado y en el otro. Lena quedó nombrada con los que iban bajo las órdenes de Kenitra, el arqueólogo, y tras unos breves comentarios se reemprendió el camino.

Ahora nadie hablaba. Todo el mundo estaba subyugado por el inesperado espectáculo que se les presentaba ante sus pupilas, y nadie hacía otra cosa que desojarse, contemplando las ruinosas maravillas de aquella singular civilización que había dejado de existir mucho antes, acaso cuando la Tierra no era todavía más que una pelota de materia en estado incandescente.

Los miembros del grupo de Kenitra iban por una amplia avenida, flanqueada por altísimos edificios, de los cuales sólo quedaba la cáscara exterior. Parecían ruinas de una gigantesca decoración, levantada para una representación teatral que nunca había llegado a efectuarse. En su interior, Ramón Delgado empezó a dar la razón a la joven y, sin darse cuenta de lo que hacía, abrió y cerró sus manos nerviosamente varias veces antes de darse cuenta de que tenía las palmas completamente húmedas de sudor.

Prosiguieron su camino. Sus pisadas resonaban sordamente, levantando dormidos ecos que rebotaban contra los muros antes de volverse a extinguir. Pasaron bajo un enorme puente de grandísima anchura, que cruzaba entre dos edificios, como una avenida superior, suspendida en el espacio para el tránsito de gran velocidad. Lena apreció una enorme grieta en la superficie inferior de la avenida suspendida y frunció el ceño.

Media hora más tarde habían llegado al extremo opuesto de la ciudad. Entonces fue cuando Kenitra dispuso un alto convencional. Lena y los otros cuatro que componían la patrulla buscaron unos asientos en sendas piedras y encendieron cigarrillos, en tanto que hablaban en voz baja, casi temerosamente.

Kenitra era hombre que no podía estar parado un minuto. Apenas se hubo descargado de su saco, buceó en él, extrayendo un martillo, con el que se alejó de los restantes miembros de la expedición, aguijoneado por su insaciable sed de saber. Tan absorto estaba en sus pensamientos que no se dio cuenta de que se había alejado notablemente de sus compañeros, y éstos, conociéndole, tampoco dieron gran importancia a sus movimientos.

Kenitra halló de pronto, en un hueco situado entre dos grandes losas de piedra, una singular bola de una materia que le resultaba desconocida y que vendría a medir unos setenta u ochenta centímetros de diámetro. La bola parecía muy sólida y tenía en su superficie unos extrañísimos puntos dorados, pero de poco brillo sin embargo. Intrigado, el geólogo quiso estudiar aquel que para él resultaba un mineral de nueva especie y descargó un golpe con el martillo.

Entonces fue cuando despertó Hyavor.

CAPÍTULO II

Señor secretario, el coronel Holliner acaba de llegar.

Philip Tecglar, secretario de Asuntos Exteriores de la Federación Occidental, dejó caer sobre la mesa la carpeta cuyo contenido estaba estudiando y dijo vivamente:

—No le hagan esperar. Que pase inmediatamente. ¿Dónde está el general Epernay? ¿Por qué no ha venido ya? Pronto; vayan a buscarlo aunque esté en el infierno. ¡Ah!, y tráiganme también al teniente coronel Schouven. ¡Pronto, pronto!

Era indudable que algo muy grave ocurría cuando el señor Tecglar perdía la compostura de que tan ufano estaba y apremiaba a sus subordinados con órdenes que parecían metrallazos. Dos o tres altos funcionarios salieron inmediatamente de la estancia, cruzándose al mismo tiempo con un nuevo personaje que entraba en escena.

Contemplando al coronel Holliner, Tecglar recordó a los antiguos correos del rey, que llegaban a palacio reventando caballos, cubiertos de polvo y sudor, siendo portadores de importantes pliegos con no menos importantes noticias, ahogados, sofocados, pudiendo apenas hablar entre jadeos provocados por el cansancio de la larga caminata. Excepto el polvo, todos los demás síntomas eran fácilmente perceptibles en Holliner, cuyo rostro atezado hablaba de largas permanencias a la intemperie, lo mismo bajo el sol inclemente que bajo la lluvia espesa o las nieves árticas.

Holliner atravesó la estancia a grandes zancadas y Tecglar salió de detrás de su mesa, adelantándose a recibirle, en tanto que en su rostro se pintaba la más viva ansiedad. Dijo solamente una palabra de una sílaba:

—¿Qué?

Holliner asintió con la cabeza y contestó:

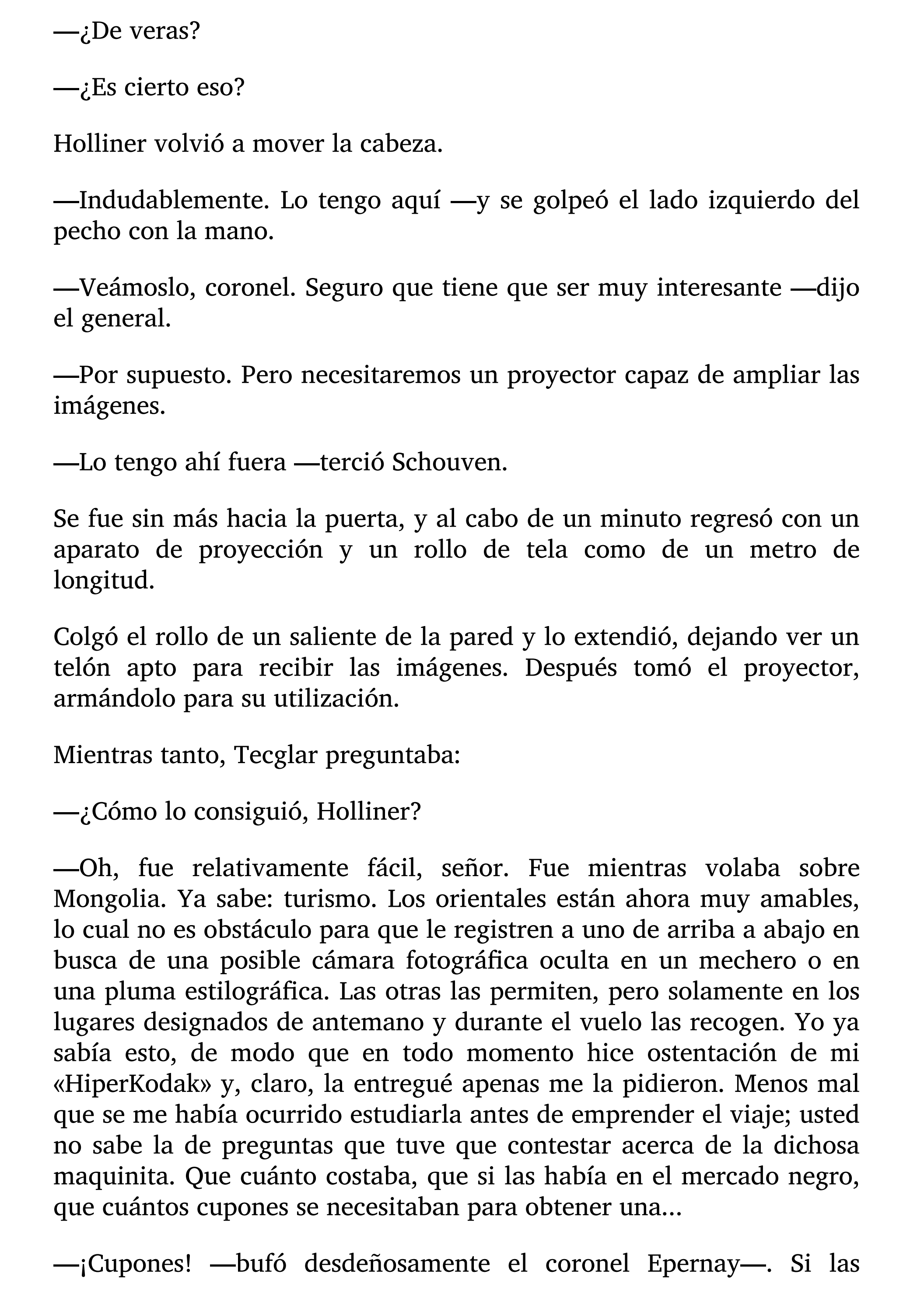
—Lo he conseguido.

Entonces fue cuando Tecglar reparó en el agotamiento del coronel. Tomándolo con confianza por el brazo, lo llevó hasta un sillón, en donde le hizo sentarse, sirviéndole él mismo una copa y cigarrillos. Aguardó pacientemente, dominando la excitación interna que le devoraba, en tanto Holliner acababa de reponerse.

Mientras tanto, los dos llamados hicieron su aparición. El general Epernay, jefe del Estado Mayor conjunto, penetró casi al mismo tiempo que el teniente coronel Schouven, y en ambos rostros se veía también la ansiedad y la expectación.

Entraron sin llamar.

Tecglar alzó el rostro hacia los recién llegados y sin poder ocultar la



satisfacción que le embargaba, exclamó:

—¡Lo consiguió, amigos, lo consiguió!

—¿De veras?

—¿Es cierto eso?

Holliner volvió a mover la cabeza.

—Indudablemente. Lo tengo aquí —y se golpeó el lado izquierdo del pecho con la mano.

—Veámoslo, coronel. Seguro que tiene que ser muy interesante —dijo el general.

—Por supuesto. Pero necesitaremos un proyector capaz de ampliar las imágenes.

—Lo tengo ahí fuera —terció Schouven.

Se fue sin más hacia la puerta, y al cabo de un minuto regresó con un aparato de proyección y un rollo de tela como de un metro de longitud.

Colgó el rollo de un saliente de la pared y lo extendió, dejando ver un telón apto para recibir las imágenes. Después tomó el proyector, armándolo para su utilización.

Mientras tanto, Tecglar preguntaba:

—¿Cómo lo consiguió, Holliner?

—Oh, fue relativamente fácil, señor. Fue mientras volaba sobre Mongolia. Ya sabe: turismo. Los orientales están ahora muy amables, lo cual no es obstáculo para que le registren a uno de arriba a abajo en busca de una posible cámara fotográfica oculta en un mechero o en una pluma estilográfica. Las otras las permiten, pero solamente en los lugares designados de antemano y durante el vuelo las recogen. Yo ya sabía esto, de modo que en todo momento hice ostentación de mi «HiperKodak» y, claro, la entregué apenas me la pidieron. Menos mal que se me había ocurrido estudiarla antes de emprender el viaje; usted no sabe la de preguntas que tuve que contestar acerca de la dichosa maquinita. Que cuánto costaba, que si las había en el mercado negro, que cuántos cupones se necesitaban para obtener una...

—¡Cupones! —bufó desdeñosamente el coronel Epernay—. Si las

tenemos a patadas…

—Ya lo sabemos —cortó secamente Tecglar—. Pero los esbirros de la Federación Oriental no. Continúe Holliner.

—Bien, el caso es… ¿A quién se le iba a ocurrir relacionar mi reloj de pulsera con una cámara fotográfica? Hay que ver lo que hicieron con mi pobre encendedor automático. Y le tenía mucho cariño, porque fue un regalo de mi esposa cuando mi cumplea…

—¡Déjese de digresiones y vaya al grano! —resopló el secretario, impacientísimo.

—Bueno, pues todo eso de que los turistas pueden ir y venir por aquí y por allí es un mito para la propaganda. La suya, interna, y la dedicada a los estúpidos de por aquí que aún son capaces de creer aquellas mentiras como puños. No cerraron las ventanillas del cohete, como han hecho en otras ocasiones, pero lo subieron a una altura… ¡Rayos!, si creí que nos llevaban a la Luna. Bueno, el caso es que cuando hubimos llegado al nivel conveniente puse el mecanismo en marcha, apoyé el codo en la ventanilla, como si estuviera fatigado y… Creo que lo mejor será que Schouven se encargue de ello, ¿no?

—En efecto —dijo el interesado, habiendo terminado de montar sus aparatos—. Deme su reloj, coronel, por favor.

Holliner se sacó de la muñeca el reloj y se lo entregó a Schouven. Éste lo tomó y se sentó con él ante una mesa en la que ya tenía preparadas unas pequeñas herramientas, de gran precisión, para desarmarlo.

Cinco minutos más tarde, Schouven, con grandísimo cuidado, alzaba con unas diminutas pinzas un hilo metálico, de un grueso no superior al de un cabello, y cuya longitud no podía calcularse debido a su enrollamiento, pero que a simple vista parecía tener un par de docenas de metros. Schouven fue con él al proyector y durante un rato estuvo manipulando en el aparato hasta que, al fin, con un suspiro de general alivio, exclamó:

—¡Ya está listo! General, ¿quiere apagar la luz?

Epernay hizo lo que le decían e instantáneamente las tinieblas cayeron sobre la estancia. Un segundo más tarde la pantalla se iluminaba con una vivísima luz blanca, que cambió a ocre poco más tarde. Durante los primeros momentos no se vio otra cosa que un rápido desfile del suelo, tal como se le vería a unos cincuenta y cinco mil metros de altura. Después, las imágenes se fueron definiendo y súbitamente unas

manchas oscuras aparecieron en la pantalla.

—Deténgala —dijo Tecglar.

La imagen se inmovilizó casi al instante.

Los cuatro hombres se acercaron a la pantalla, examinando aquellos diminutos puntos negros que se veían en ella, muy juntos, en una formación completamente regular, en medio de lo que parecía ser un amplio valle en el que no se advertía la menor señal de vegetación, a juzgar por su ilimitado tono terroso, sin una sola mancha verde. Permanecieron así unos instantes, y al cabo Tecglar dijo:

—Eso es imposible, Holliner.

—La cámara no miente, señor —contestó reposadamente el coronel.

—Al mismo tiempo que proyecto estas imágenes —dijo Schouven—, otra cámara las está filmando, con el objeto de conseguir una mayor ampliación. Pero para un experto, y perdonen la inmodestia, apenas si es necesaria tal ampliación.

Tecglar se volvió hacia Schouven.

—¿Cómo? ¿Usted también cree que...?

—Así es, señor. Tenemos la prueba a la vista.

—Pero... pero no es posible que la Federación Oriental haya montado bases supersecretas de cohetes en pleno desierto de Gobi. Eso sería una violación de los tratados actuales que...

—Con los debidos respetos, señor —dijo Schouven—. A ellos los tratados les importan un pepino, en primer lugar, y en segundo, esos cohetes no son cohetes corrientes, al menos tal como los imagina usted.

Tecglar frunció el ceño.

—Sería mejor que se explicase de manera más inteligible, Schouven.

—Lo haré, señor, y luego tendré el gusto de confirmarle mis palabras con una nueva ampliación. Esos puntos negros que se ven en el «film» no son ni más ni menos que una poderosa flota de astronaves, dispuestas a ser utilizadas en cualquier momento.

Las palabras del teniente coronel aplastaron a sus oyentes. Pasó algún

tiempo antes de que Tecglar recuperara el uso de la palabra.

—¿Está usted sugiriéndome que los orientales piensan lanzarse a una guerra, Schouven?

Éste se encogió de hombros.

—No me corresponde a mí demostrar tal cosa, aunque demasiado claro está, sino únicamente descifrar e identificar las imágenes captadas por la cámara de mi compañero, el coronel Holliner. Y eso que estamos viendo son poderosas astronaves. De guerra, señor.

—¿De... de guerra? —balbució Tecglar.

—Si la Federación Oriental quiere la guerra, la tendrá —declaró orgullosamente el general Epernay.

Hubo un momento de consternado silencio, que fue roto por Holliner, el cual, suavemente, dijo:

—¿Me sería permitido dar mi opinión particular sobre el asunto, señor?

Tecglar volvió los ojos hacia el agente de información.

—Dígala. Cuanto antes, Holliner.

—Gracias, señor. Muy bien, pues: mi opinión es que los orientales desean la guerra, pero no en la forma que nosotros estamos pensando. No una guerra terrestre, de superficie...

—¿Y qué otra clase de guerra puede haber? —dijo Tecglar—. Sí, ya sé, aviones, cohetes, bombas nucleares y todas esas zarandajas. Pero ¿qué ventajas podrían sacar los dirigentes de la Federación de un conflicto semejante?

—Ninguna —contestó secamente Holliner.

—Podrían obtener esas ventajas —terció Epernay—. Ellos, por descontado, cuentan con magníficos refugios, a los cuales no alcanzaría ni la más poderosa de nuestras bombas. ¿Y qué les importa la destrucción del mundo si ellos saldrían incólumes?

Holliner meneó lentamente la cabeza, contemplando uno por uno aquellos rostros iluminados únicamente por el reflejo de la luz del proyector en la pantalla.

—Disiento de su opinión, general. ¿Para qué quiere un hombre el poder absoluto si no tiene sobre quién ejercerlo? ¿Qué iban a hacer ellos... gobernar un mundo de cadáveres, infectado de radiactividad? ¿Qué ventajas les iba a suponer ganar una guerra en estas condiciones? ¿Quién les iba a aplaudir, jalear y adular? ¿Los muertos? No; la guerra que la Federación se dispone a emprender no es una guerra de superficie, sino fuera de la superficie: ¡en el espacio!

Las palabras de Holliner causaron la natural sensación en un reducido auditorio.

Tecglar fue el primero en recobrar el aliento perdido.

—¿Cómo? ¿Sugiere usted, coronel, que los orientales quieren lanzarse a la aventura de una guerra en el espacio, es decir, una guerra interplanetaria?

—Así es, señor. Será una guerra en la cual intervengan únicamente los astronautas. Atacarán a nuestras naves, haciéndolo, además, disimuladamente, de modo que no podamos entablar reclamación alguna por nuestra parte.

—Lo cual significa que destruirán todas nuestras espaciolíneas a los planetas del sistema —gruñó Epernay, con el mismo tono que hubiera empleado un perro de presa.

—Exactamente, señor.

—Y entonces, ¿qué harán? —preguntó Tecglar.

—Cuando no quede ninguna nave nuestra, entonces impondrán nuevas condiciones, puesto que no estaremos en forma para responderles. A menos, claro está, que provocásemos un conflicto total, del cual se desprendería ineludiblemente la destrucción del globo. Pero —añadió Holliner— pueden imaginarse fácilmente lo que ocurriría si nos quedásemos sin una astronave que pudiera enlazar con las colonias que tenemos en los planetas que, en gran parte, dependen todavía de nuestros suministros. Ellos, es cierto, nos envían materias primas que aquí escasean enormemente, y que nosotros transformamos en nuestras fábricas, devolviéndoles parte y lanzando el resto al consumo general. Si nos cortan la fuente de materias primas...

Holliner se interrumpió, en tanto que Tecglar se pasaba la mano por la frente, repentinamente cubierta por miles de minúsculas gotitas de sudor.

—Sería una catástrofe sin precedentes —murmuró en voz baja, amedrentado a su pesar.

—Cierto —dijo, el coronel—. Y entonces, disponiendo ellos a su antojo de todo cuanto nos faltase a nosotros, nada les sería más fácil que fomentar el descontento, mediante la acción de «quinta-columnas». Ya sabe usted: desórdenes, huelgas, reclamaciones, sabotajes… El gobierno se vería obligado a dimitir, tachado de inepto, entre otras cosas peores, y el poder sería asaltado por una banda de individuos fieles a los orientales, que constituirían un gobierno títere que no haría más que bajar la cabeza ante la menor indicación de sus amos. Y así, ellos habrían conseguido la total dominación del mundo, sin apenas esfuerzo, sin sufrir ninguna baja en la superficie y, naturalmente, halagando a los papanatas que no pueden ver más allá de sus narices, ¿me comprenden?

—Yo sí le entiendo —dijo Epernay—. Y para evitar todo eso que usted dice, coronel, no tenemos más que una solución.

—¿Cual? —inquirió el secretario.

El índice del general señaló hacia la pantalla.

—¡Destruir esas bases de astronaves! ¡Lanzarles unos cuantos cohetes dotados de carga nuclear y…!

—Imposible, general. Un acto así sería considerado como una declaración de guerra y ellos, naturalmente, no se iban a estar quietos.

Epernay soltó una sarcástica carcajada.

—¡Bien, señor! —dijo—. Entonces, ¿pretende usted que los que nos quedemos quietos seamos nosotros, aguardando a que ese montón de astronaves esté listo para salir al espacio y destruir todo nuestro tráfico interplanetario? El que da primero…

—Da dos veces, ya lo sé, general —refunfuñó Tecglar—. Pero no podemos obrar así, dando palos de ciego o poco menos. Hay que idear un nuevo plan que ataje al suyo, sin que se nos pueda tachar de agresores.

—¿Un nuevo plan? ¿Y cuál, señor, si se puede saber?

Tecglar se encogió de hombros.

—No lo sé. Tendremos que comunicar los informes recibidos al

presidente, acompañándolo de las pruebas, naturalmente, y el consejo decidirá. Aunque lo más probable, es que artillemos todas nuestras naves y les demos la orden de disparar a la menor sospecha.

—Se cometerán muchos errores, señor —dijo Holliner, sombríamente —. Y hasta ahora, hay que recordarlo, sólo tenemos naves comerciales. No hay ni una que sea de guerra, es decir, construida ex profeso con fines bélicos. Recuerde que los pactos firmados así lo estipulan.

—¡Pero ellos han sido los primeros en violarlos! —estalló Epernay, furioso.

—No de manera oficial, por supuesto, general.

—Pero las pruebas están ahí —gruñó Epernay.

—No las admitirán; no están lo suficientemente claras para demostrar concluyentemente que son naves capaces de volar a los planetas. Se adivinan, más que se ven; pero para poder presentar el «film» como prueba definitiva, necesitaríamos una definición de las imágenes mucho más clara que la que ahora estamos viendo e, incluso, que la que Schouven pueda presentarnos en la subsiguiente ampliación.

De nuevo, las palabras de Holliner motivaron el silencio en la estancia. Tecglar, muy nervioso, se puso a pasear, deteniéndose de vez en cuando a contemplar las imágenes proyectadas en la pantalla, murmurando algo entre dientes, que no podía ser entendido por los otros. De pronto, se detuvo y dijo:

—Si por lo menos el viaje de la «De Soto» hubiera dado resultado...

—¿Por qué dice eso, señor? —preguntó el coronel.

Tecglar le miró:

—Muy sencillo, Holliner. Regresando la «De Soto» de su viaje a las estrellas, habríamos podido demostrar que los límites del Sistema nos son ya estrechos. El mundo hubiera sabido que la barrera de Einstein, es decir, la de la velocidad de la luz, estaba ya vencida. ¿Qué podían importarnos media docena de planetas, si teníamos entonces toda una Galaxia a nuestra disposición? Millones de estrellas con millones de sistemas planetarios, a los cuales viajar y de los cuales extraer todo cuanto necesitamos y se está agotando en nuestro viejo, viejísimo mundo. Y la Federación Oriental se hubiera quedado con un palmo de narices, puesto que carecen de naves similares, ya que la navegación

interestelar les hubiera sido vedada. Para ellos, Marte, Júpiter y compañía. ¡Las estrellas para nosotros!

Holliner meneó la cabeza.

—Pero eso no ha pasado de ser una utopía, señor. Lo único cierto es que hace cinco años, la «De Soto» emprendió el viaje y no ha vuelto. Y que hoy día no hay nadie que quiera arriesgarse en una nave similar. La tenemos construida, pero no ha sido más que un gasto inútil. ¿De qué nos ha servido construir una segunda cosmonave, si no hay tripulación que quiera embarcarse en ella?

—Total —dijo Epernay con sombrío acento—, que no nos queda otro remedio que sometemos a los dictados de la Federación Oriental...

—No se ha perdido todo aún, general —le contestó el secretario—. Voy a informar al Presidente y a convocar el Consejo de la Unión. Quizá entre todos hallemos una solución que nos permita salir de este atolladero. Mientras tanto, caballeros, ustedes vayan pensando también; quizá puedan encontrar algún medio viable que permita contrarrestar las intenciones de los orientales.

CAPÍTULO III

El golpe que Kenitra había descargado sobre la bola, que luego resultaría ser Hyavor, no podía causarle ningún daño a éste, puesto que se necesitaban otros artefactos muchísimo más potentes para producirle algún mal. Sin embargo, lo que hizo fue despertarle de su siesta apenas iniciada.

Hyavor no sintió el golpe; dada su especial constitución, no percibía los golpes, en el sentido humano de la palabra. Pero, en cambio, sí percibió la proximidad de alguien extraño a él, y la conciencia de sus actos volvió instantáneamente a todo su ser.

No necesitó mucho tiempo para darse cuenta de que ya no estaba solo en el planeta, donde tantos siglos había permanecido en la más absoluta soledad. Le bastó apenas un microsegundo para alertar de nuevo todos sus sentidos, embotados por el sueño, y advertir que, ¡por fin!, lo que tanto había ansiado, el alimento por tanto tiempo deseado,

estaba al alcance de, por decirlo así, sus manos.

El arqueólogo Kenitra descargó el golpe con el martillo, extrañándose sobremanera de que no se produjera ningún sonido, cuando, según la apariencia de aquella extraña esfera, el metal de que estaba formada, debía haber retiñido metálicamente. Profundamente intrigado, se dispuso a descargar un segundo golpe, sin pararse a meditar sobre las consecuencias de su acción, y levantó la mano sobre su cabeza.

Pero no tuvo tiempo de bajarla. La bola que había golpeado se hinchó.

Se dilató, alcanzando un volumen enorme en un instante, en una fracción de tiempo tal que la vista no era lo suficientemente rápida para seguir la dilatación de la esfera. En el cortísimo espacio de tiempo que medió entre el primer golpe y el propósito del segundo, la bola aumentó veinte veces su tamaño.

Atónito, estupefacto, Phil Kenitra quedó en la misma posición, clavado en el suelo, convertido literalmente en una estatua, sin saber qué pensar acerca de aquel extraño y curioso fenómeno que acababa de producirse ante sus ojos, sin transición alguna entre el tamaño primitivo de la esfera y el que poseía en el momento presente. Cientos, miles de puntos amarillos, de apagada luminosidad giraron velozmente en el interior de aquel esférico fenómeno, cuyo origen no podía comprender.

Ni lo comprendería jamás.

Por su parte, Hyavor se dio cuenta de una cosa: a un paso de él, había algo con lo que podría saciar su hambre, aquella hambre que le duraba ya desde hacía centenares o acaso millares de años. Y no se lo pensó mucho; con un inaudible rugido de alegría, emitido de una forma tal que no podía ser captado por humanos oídos, se abalanzó sobre Kenitra.

El arqueólogo intuyó algo amenazador, siniestro, y dio media vuelta presurosamente, tratando de huir a toda velocidad. Pero sus piernas eran muy débiles comparadas con la fulgurante rapidez con que se movía Hyavor, capaz de dar la vuelta a su planeta natal en contados minutos. Hyavor, famélico, perdida casi la razón ante los suculentos efluvios que se desprendían de aquella presa inesperadamente puesta a su alcance, se abalanzó sobre él.

En un segundo Kenitra vio oscurecerse todo, hallándose en el interior de una nauseabunda masa gaseosa, que le impedía la visión de todo cuanto le rodeaba. Sus ojos no captaron otra cosa que un

maremágnum de puntos amarillentos que subían y bajaban, girando alocadamente, con toda rapidez en torno a él, pero aquello duró muy poco.

Un calor intolerable le envolvió, como si se hallara en el interior de un tanque de petróleo en llamas. Kenitra lanzó un agudísimo grito de terror, y en el segundo siguiente, el calor aumentó de tal forma, que le hizo perder el sentido. Cayó a tierra totalmente inconsciente, sumido en el desvanecimiento preliminar de la muerte, que no tardó mucho en llegar.

* * *

A doscientos metros de distancia, Lena, Delgado y los otros tres permanecían descansando pacíficamente, aunque la joven no estaba tan tranquila como el resto de sus compañeros. Los lúgubres pensamientos que la habían asaltado apenas puso el pie en aquel planeta muerto, no dejaban de pasearse por el interior de su deprimido ánimo y, en cierto modo, no le extrañó oír a lo lejos un agudo grito.

Se puso en pie.

—¿Han oído? —exclamó.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Delgado, arrojando la colilla del cigarrillo que tenía entre los labios y poniéndose en pie.

—Un grito —respondió ella, señalando hacia el punto donde lo había escuchado—. Alguien ha gritado y...

Delgado meneó la cabeza.

—Estas nerviosa, Lena. Te hubiera convenido más quedarte en la nave, ¿sabes?

—No estoy nerviosa —dijo ella, con aspecto de todo lo contrario, golpeando el suelo con el pie—. He oído gritar y... ¿Dónde está Kenitra?

Delgado se volvió, contemplando al resto de sus compañeros. Murmuró, bastante desconcertado:

—¡Pues es verdad! ¿Dónde diablos se habrá metido este despistado?

Dufresne, el radio, levantó la mano.

—Se fue hacia allí, sin decir nada a nadie.

—Lena, ¿estás segura de haber oído gritar? —preguntó Delgado de nuevo.

—Ya te lo he dicho antes. He oído un grito. Pero no sé si de Kenitra o de…

El español apretó los labios.

—Vamos a ver. Estoy seguro de que ese estúpido no ha visto una piedra que le ha salido al paso y se ha roto las narices contra ella.

Las cinco personas, justamente alarmadas, echaron a correr hacia el punto donde Lena había señalado.

Poco antes de llegar, Harry Vinson exclamó:

—¡Mírenlo! ¡Ahí está… caído en el suelo!

Los expedicionarios apretaron su marcha, llegando en contados segundos al lugar donde un bulto informe se veía en el suelo. Delgado fue el primero en agacharse junto al bulto, pero apenas lo había hecho, se puso en pie, retrocediendo vivamente, como si hubiese tocado un áspid con la mano.

Tan rápido fue su gesto, que atropelló a Vinson, uno de los soldados de su protección, derribándolo por tierra y cayendo con él. Un chorro de palabrotas se escapó del soldado, en tanto pugnaba por quitarse aquel peso de encima.

Mientras tanto, Lena se había inclinado; mas apenas lo había hecho, cuando se llevó las manos a la cara, gritando:

—¡No… no es posible! ¡Es espantoso… espeluznante!

Dufresne se acercó también a mirar. Tuvo que retirarse de allí, presa de violentas náuseas. Un soldado juró atrozmente. Lena, por su parte, hubo de apoyarse en una piedra cercana, porque se sentía desmayar.

Delgado consiguió al fin desenredarse de Vinson y se puso en pie, mirando de nuevo lo que restaba del infeliz Kenitra.

—Oh, no, no… sería demasiado… —murmuró, totalmente empapado de sudor, sintiendo los cabellos erizársele en la piel del cráneo.

Un denso, espeso silencio, preñado de siniestros augurios, cayó sobre

los expedicionarios. Durante unos momentos permanecieron allí, sin moverse, incapaces de hablar ni mucho menos de tomar una resolución.

No era para menos.

Era algo horrendo, inimaginable, lo que tenían ante sus ojos, y ninguno de los cinco acababa de dar completo crédito a sus ojos. A todos les parecía estar soñando algo absurdo, pudiendo despertarse en cualquier momento dentro de la nave, en su confortable litera.

Pero también sabían que era una amarga realidad.

Delgado fue el primero en salir de aquel macabro estupor. Dijo:

—¡Dufresne, comunique al comandante Forrell lo ocurrido! Póngase también en contacto con el doctor Smudsen y dígale que retrocedemos a la nave, abandonando la exploración y llevándonos los restos de Kenitra. ¡Vinson, Shackelton, Cegani, ayúdenme ustedes!

A poca distancia de, allí, Hyavor, relamiéndose metafóricamente los labios, contemplaba aquellos extraños seres, jamás vistos por él en sus quince o veinte mil años de existencia. Había devorado a uno de ellos, y aunque el alimento recibido había sido ínfimo en comparación con lo que un ser de su constitución y tamaño necesitaba, no por ello dejaba de reconocer que la comida había llegado en el momento más oportuno, infundiéndole nuevas fuerzas y energías de las que tan necesitado estaba. Allí, al alcance de su mano, tenía más comida y...

Pero Hyavor era muy inteligente y tanto como esto, astuto. Sabía que, si quería, podía arrojarse sobre aquellos cinco seres y acabar con ellos en un microsegundo, mas antes de hacer nada, quería estudiarlos y saber de ellos más que lo que estaba viendo en aquellos momentos. Sabiendo que tenía alimento fácil a su alcance, el tomarlo ya no le corría tanta prisa.

Percibió, sin identificarlos, los sonidos que emitían, los cuales le molestaron bastante, puesto que se producían en una frecuencia completamente desacostumbrada para él, ya que estaba habituado a cientos de miles de vibraciones por segundo. Su inteligencia le dijo que estaban espantados por el hallazgo de los restos de su compañero muerto, y en aquel momento vio que uno de ellos manejaba un artefacto pequeño y brillante, como hacía decenas de siglos que no los veía.

Inmediatamente un dolor lacerante recorrió todo su ser de arriba a

abajo y de derecha a izquierda. Hyavor se retorció, presa de agudísimos dolores, pero no tardó mucho en hallar un fácil remedio para ello: se dilató, alcanzando en cortísimo tiempo un tamaño descomunal, de varios miles de metros de altura

Lena volvió a lanzar un grito.

A su lado, el español renegó.

—¡Lena, por el amor de Dios! ¿Es que pretendes matarme de un susto?

—¡Mira, Ramón, mira! ¿No ves nada?

—No —gruñó Delgado, volviendo la vista para no ver cómo los soldados recogían los restos de Kenitra—, no veo nada. En cuanto lleguemos a la nave, te enviaré al psiquiatra para que...

—¡Te digo que he visto algo, Ramón! No había nada ahí delante y, de pronto, una nube surgió del suelo, convirtiéndose en vapor en pocos segundos. Subió hacia allí y...

La muchacha calló, porque Delgado acababa de tomarla del brazo.

—¡Malditas mujeres y el que tuvo la idea de enviarlas en una expedición como ésta! ¡Dufresne!

—¿Qué hay, Delgado?

—¿Entabló contacto con el comandante?

—Sí, señor. Dice que envía ahora mismo un helicóptero para recogernos.

—Muy bien; entonces permaneceremos aquí. Siga a la muchacha, para orientarla.

—De acuerdo, señor.

Desde la altura, Hyavor continuaba observando a los extraños. Todo su ser se estremecía de dolores cada vez que hablaban por aquel extraño artefacto, y no hallaba otro medio para contrarrestarlos que dilatarse cada vez más. Pensó que debían ser unos seres de grandísima inteligencia para haber desarrollado unas armas tan potentísimas, y se dijo que debía andar con muchísimo cuidado con ellos, si no quería acabar sus días de un modo ciertamente miserable.

Vio que llegaba un artefacto volador, brillantemente iluminado, el

cual se detenía en el suelo, a corta distancia de aquellas cinco personas, y luego, tras haberse éstas introducido en el aparato, lo contempló elevarse y partir en dirección a determinado punto. Para Hyavor fue un juego de niños seguirlo, y así en pocos momentos pudo ver una enorme nave suspendida muy cerca del suelo, enorme, despidiendo luz por centenares de lucernas, pero apenas había captado tal imagen, aquellos seres pusieron en funcionamiento su espantosa arma, y Hyavor, que de modo instintivo se había contraído, hubo de volver a dilatarse para disminuir en lo posible aquellos espantosos dolores que no tenía fuerzas para dominar del todo.

Mientras tanto, Lena, Delgado y los otros tres desembarcaban en una de las esclusas de la «De Soto». Ian Forrell, su comandante, salió personalmente a recibirlos, aprobando el gesto de Delgado, quien había enviado los restos del muerto al médico.

—¿Qué ha ocurrido? Cuenten, pronto.

Lena habló, con voz entrecortada por la emoción, pero como sus palabras resultaron un tanto confusas, fue Delgado el que tuvo que completar el relato, terminando con un comentario personal.

—Debe ser una bestia extraordinaria, comandante —dijo—. Jamás, en todo el tiempo que llevamos fuera de la Tierra, habíamos visto nada semejante.

—¿Están seguros de lo que dicen? —frunció el ceño Forrell.

Lena se indignó.

—Que venga el médico y nos examine, a ver cuál es la proporción de alcohol en nuestra sangre, comandante.

Forrell se creyó obligado a contemporizar. Dijo:

—No quise ofenderla, señorita Mariani.

—Pues parece como si lo hubiera hecho adrede, comandante. No soy yo sola, sino que conmigo había cuatro personas más, las cuales...

—Está bien, está bien, señorita Mariani. Les creo a usted y a sus compañeros. Sólo que todo esto resulta un tanto extraño.

—Y, sin embargo —dijo Delgado con aire meditabundo—, así ha sucedido.

—Yo no he visto nada más horrible, señor —terció Dufresne, el radio —. Me puse enfermo al ver lo que había pasado al pobre Kenitra, créame.

En aquel momento hizo su aparición el doctor Smudsen, el cual había regresado también, con los restantes miembros de su patrulla, a la nave, en virtud de las órdenes recibidas. Fue informado de lo que ocurría y al terminar, dijo:

—Iré al laboratorio, a ver qué me dice el doctor Spiegel, y cuáles son sus hipótesis.

Durante un buen rato, Forrell, Lena, Delgado y los otros permanecieron allí, hablando incesantemente de los increíbles hechos recién producidos. Aguardaron nerviosamente, fumando sin cesar, hasta que, de pronto, el doctor Spiegel, médico en jefe de la nave, apareció, seguido por Smudsen.

Spiegel era un hombre que no tenía pelos en la lengua y así, en cuanto vio a Forrell, se le arrojó encima, renegando como un condenado.

—Comandante, ¿qué diablos es eso que usted me ha arriado? ¿Los restos de un hombre… o una sopa para perros?

—¡Auogh…! —hizo Dufresne, poniéndose la mano en la boca y girando en redondo.

Delgado sintió que el estómago se le subía a la boca, y Lena creyó quedarse de pronto sin piernas.

—¿Qué es lo que dice usted, doctor? —preguntó Forrell.

—Si lo que me han traído son los restos del pobre Kenitra, no cabe la menor duda de que el animal que lo atacó es una fiera de una rarísima constitución. Y no digamos nada de su metabolismo, Dios santo. ¿De dónde ha salido esa bestia?

—De este planeta, sin duda alguna, doctor —dijo el español, tragando saliva.

—¿Ustedes lo vieron?

—Yo no… —contestó Delgado.

Pero Lena le interrumpió.

—Yo sí. Lo vi y era… era como una nube. Se convirtió en vapor en

pocos segundos, confundiéndose con la atmósfera.

—¿Eh? —estalló Spiegel—. ¿Señorita, está loca o bebida?

Lena se enfadó y perdió los estribos, levantando la mano.

—¡Estúpido presumido! —dijo.

Pero Forrell intervino autoritariamente.

—¡Está bien! ¡Cállense todos! —gritó—. De lo contrario, acabaremos en el psiquiatra, sin remisión. La señorita Mariani ha dado su opinión acerca de ese animal. Excitada como estaba, pudo haber sufrido una ilusión óptica, por lo cual no se le puede reprochar. Ahora, ¿cuál es su dictamen, doctor?

Spiegel se encogió de hombros.

—Sea cual fuere esa bestia, no cabe duda que es de lo más extraordinario que hemos visto jamás. Mi opinión es que...

El médico se interrumpió y miró severamente en torno a él.

—Si hay alguno con el estómago blando —dijo—, que dé media vuelta y se largue inmediatamente de aquí.

Pero nadie se movió, ni Dufresne, cuya nuez no hacía otra cosa que subir y bajar espasmódicamente.

Spiegel dijo:

—Está bien, allá va. Esa fiera, o lo que sea, atrapó a Kenitra y lo digirió. Tomó de su cuerpo lo que precisaba, devolviendo el resto... lo que ustedes me trajeron. Un análisis somero me ha demostrado que en los restos de Kenitra faltan algunos elementos químicos, posiblemente calcio y hierro; pero necesitaré hacer un examen más completo y detenido, lo cual me llevará seguramente una semana o más.

—¿Quiere usted decir... —murmuró Lena— que el animal devoró y digirió a Kenitra en tan poco espacio de tiempo? ¡Si desde que gritó hasta que acudimos no transcurrieron ni cinco minutos!

—Digo lo que sé, y el tiempo que empleó ese bicho en devorar a nuestro compañero no me importa —contestó el médico malhumorado —. La digestión ha sido tan completa, que los restos que han quedado se reducen a unos cuantos litros de gelatina que...

—¡Auogh...! —hizo otra vez Dufresne, y ahora no lo pudo remediar: echó a correr, buscando el lavabo más próximo.

Forrell se pasó la mano por la frente, hallándola húmeda de sudor.

—Está bien, doctor. Continúe con sus análisis y téngame al corriente de ellos. ¡Art! —llamó a su segundo.

—Dime, Ian.

—Da la orden de zarpar. Inmediatamente. Con lo que hemos visto en este condenado planeta, tenemos más que suficiente.

* * *

La nave se remontó lentamente al principio, contemplada por Hyavor, el cual no tardó en conocer la verdad de lo que iba a ocurrir. Pero estaba hambriento, sabía que, si desaprovechaba la ocasión, no volvería a hallar otra similar jamás, y no vaciló un segundo en tomar una determinación. Dentro de aquel inmenso navío espacial había comida... ¡y él la necesitaba con urgencia!

CAPÍTULO IV

Desesperado por el hambre, que apenas había saciado, Hyavor estaba frenético, y sabía que, si ahora desaprovechaba la ocasión que se le presentaba, nunca jamás ya volvería a tener otra posibilidad de vivir.

Consecuentemente, pues, apenas vio zarpar a la nave del espacio, enorme, gigantesca, se lanzó en pos de ella con fulmínea rapidez, envolviéndola totalmente, de proa a popa y de estribor a babor en un par de segundos. Hyavor dilató su volumen, con tremenda facilidad, y en aquel cortísimo lapso de tiempo todo su ser adquirió el volumen de una esfera de unos mil metros de diámetro.

Los dolores ocasionados por aquellas terribles armas que usaban los extraños seres bípedos se le habían pasado ya, y apenas si los notaba, pues ya no utilizaban dichas armas. Sintió vibrar todo su ser cuando, una vez hubo arrancado la nave, se lanzó en el espacio, hacia adelante, con una velocidad de vértigo, pero no tardó en habituarse a ella. Y, en tanto navegaba, arrastrado por el aparato, adherido a él sólidamente, empezó a discurrir el modo de colarse en su interior.

Tenía que hacerlo, pues necesitaba alimento.

En el momento de zarpar, uno de los miembros de la tripulación estaba junto a una ventanilla. Notó que un leve velo se interponía entre su mirada y las estrellas y achacó aquella circunstancia a un pasajero empañamiento del vidrio que tenía junto a sí, por lo que no le concedió al asunto más importancia. Bu Tambo, un fornido negro de más de dos metros de estatura y un magnífico técnico nuclear, encendió un cigarrillo y volvió la espalda a la lucerna con aire aburrido e indiferente, sin preocuparse ya más de aquel incidente.

En el interior de la nave, la muerte de Kenitra había quedado relegada ya a un lejano segundo término. Eran más de mil los miembros de la tripulación y, aunque no muy frecuente, tampoco era extraño el hecho de que uno de ellos perdiese la vida como consecuencia de un accidente surgido en el curso de una patrulla de exploración planetaria. A fin de cuentas, llevaban ya más de cinco años viajando por el espacio, y habían tomado contacto con varias decenas de planetas, de todos los tipos y tamaños, con todo género de vida animal y vegetal en su superficie, la mayoría de ellos absolutamente distintos a la Tierra, para que un hecho similar les impresionara demasiado, pese a la singularidad del ocurrido con Kenitra. Únicamente los más directamente relacionados con el asunto continuaban afectados aún y, entre ellos, naturalmente, aparte del comandante y su segundo, estaban la muchacha, Delgado, Dufresne y alguno más.

En el puente de mando, y frente a un colosal mapa de la Galaxia, Ian Forrell trataba de fijar el rumbo definitivo del aparato. Ya se habían acabado las exploraciones y lo único que faltaba era llegar a la Tierra.

Estaban allí, aparte del segundo LaMure, el navegante jefe, Pemberton, y el primer ingeniero, Collazo. Collazo aguardaba el resultado de los estudios, para traducirlo en energía proporcionada por sus máquinas, en tanto que Pemberton estaba entregado a profundas meditaciones, sentado ante una colosal calculadora electrónica, cuyo teclado parecía más el de un órgano que el de una máquina de resolver problemas de altas matemáticas.

Los dedos de Pemberton volaban sobre el teclado, formulando preguntas como consecuencia de las observaciones hechas por Forrell, y a cada tecla que oprimía, una luz, de distinto color según los casos, se encendía en el ancho tablero frontal de la calculadora. Un tenue zumbido se oía en el puente, mezclado con suaves chasquidos, que eran las respuestas a las palabras del comandante.

Pasó un buen rato antes de que ninguno de los presentes dijera nada aparte del tema que les ocupaba. Al fin, LaMure habló, aprovechando un intervalo, durante una consulta más difícil a la calculadora.

—Lo que yo digo es —murmuró—, si nos aguardarán ya en la Tierra.

—¿Por qué? —preguntó Collazo, fumando impasible su pipa.

LaMure continuó:

—Verá, ingeniero. Cinco años son muchos años fuera de nuestro planeta. Y durante esos cinco años no hemos tenido la menor ocasión de entablar contacto con ellos. Hemos enviado mensajes, sí, pero, ¿estamos seguros de que los han recibido?

—Es muy probable que crean que hayamos muerto —asintió Pemberton.

—Bueno —se encogió de hombros LaMure—; así será mayor y más alegre la sorpresa. Muchachos, ¡vaya recibimiento que nos espera! ¿Se dan cuenta de que somos los primeros que hemos llegado a las estrellas?

—¿Qué harán por allá abajo? —musitó Collazo, sin prestar atención a las palabras del segundo.

—¡Bah! —contestó éste—. Lo de costumbre. La guerra fría de siempre. La Unión Occidental que dice tal y cual cosa acerca de la Federación Oriental, y éstos que dicen que los otros son unos tales y unos cuales, que no desean más que el dominio del mundo, para esclavizar a sus habitantes y...

—¡Pemberton! —exclamó en aquel momento Forrell—, marque en la calculadora una órbita hiperbólica; con veintidós grados de inclinación respecto al plano galáctico y a dos grados del Ecuador, a una velocidad de doscientos cincuenta mil a la hora. Dirección, este-sudeste, siempre con relación al polo norte de la Galaxia.

El navegante jefe hizo lo que le decían. No tardó mucho en dar la respuesta.

—Iremos a parar a las proximidades de Epsilón del Can Mayor, comandante.

—¡Magnífico! Eso es lo que yo había pensado. Bien; marque el rumbo en esa dirección y cuando el amigo Collazo nos diga que hemos

alcanzado la cifra de energía requerida, intentaremos el salto. Desde allí, orientaremos el rumbo definitivamente y llegar a la Tierra será cuestión de unos meses, muy pocos.

Un suspiro de general satisfacción ensanchó los pechos de todos los presentes.

El ingeniero jefe se puso en pie y abandonó la estancia, dirigiéndose al cuarto de máquinas, en tanto que Pemberton concluía de realizar sus cálculos.

En aquel momento, una persona se asomó al puente. Forrell levantó la cabeza del mapa y sonrió:

—¡Ah, es usted, señorita Mariani! ¿Qué le trae por aquí?

La joven avanzó tímidamente, con notoria irresolución en su actitud.

—Dispénseme, comandante —dijo en bajos tonos—; pero estaba nerviosa y no sabía qué hacer…

LaMure le indicó un asiento.

—Por favor —dijo—; siéntese. Haré que le traigan café.

—No, no, sería peor —contestó la muchacha—. Déjelo como está.

Forrell apoyó un pie en la silla más próxima y la miró especulativamente.

—Bien, ¿me equivoco al suponer que está pensando de nuevo en Kenitra, muchacha?

—No, no se equivoca, comandante —dijo ella, con un suspiro que distendió su esbelto seno—. Oh, lo siento, pero es que, por más esfuerzos que hago, no puedo quitarme de la imaginación ese espectáculo tan horrendo…

—Es natural —dijo Forrell—. Lo mismo nos ocurrió cuando tuvimos la primera baja. Recuérdelo: fue el soldado Brooke, en el Cuarto del Centauro. Era el primer planeta que explorábamos y su muerte nos causó a todos una deplorable impresión. Casi como quien dice, acabábamos de salir de la Tierra y ya habíamos sufrido una baja. Pero después…

—Si me va a decir que nos hemos acostumbrado, comandante, le contestaré que…

Forrell agitó sus manos defensivamente:

—No se excite, señorita Mariani, se lo ruego. Está bien; Kenitra ha muerto, pero ¿qué podemos hacerle nosotros? Es de suponer que tales incidentes no vuelvan a producirse; a fin de cuentas, hemos emprendido el regreso a la Tierra, y no saldremos de la nave hasta que hayamos llegado.

Ella sacudió la cabeza.

—No es eso, comandante. Mire... no sé cómo explicarme. Cuando aterrizamos en aquel fatídico planeta, sentí como un presentimiento. Una sensación muy poco agradable que, desgraciadamente, se confirmó después.

—Entonces tuvo usted razón, señorita Mariani. Pero ahora...

La joven volvió a estremecerse nuevamente.

—Ahora, comandante, estoy igual que antes. De nuevo me ha asaltado ese presentimiento. Algo malo nos va a ocurrir, no sé exactamente qué, pero estoy segura de ello.

Forrell apreciaba mucho a Lena, más que lo corriente, y también estaba seguro de que cuando terminasen el viaje, iba a sostener con la muchacha una muy interesante conversación, encaminada a fijar el futuro de ambos. Sin embargo, en aquel momento echó pestes en su interior acerca del histerismo de las mujeres en general, del de Lena en particular, y del condenado organizador de la expedición que había permitido se embarcasen en la «De Soto» personas del sexo débil.

Pero el comandante de la nave era persona bien educada, y se abstuvo de expresar en voz alta sus pensamientos. Por el contrario, dijo:

—Bueno, bueno, señorita Mariani, no debe hacer caso de tales presagios. Por el contrario, lo que le conviene es olvidar lo sucedido; y, para conseguirlo, lo mejor es un buen sueño. ¿Por qué no se va a dormir, pidiéndole antes al doctor Spiegel un calmante?

Lena no contestó. Se acercó con renuente paso a una de las lucernas próximas y desde allí contempló el espacio, lleno de estrellas que ardían sin interrupción.

—¡Qué raro! —observó de pronto.

—Raro, ¿el qué, señorita Mariani? —dijo Forrell, en ascuas, porque

estaba viendo a su segundo partirse de risa a espaldas suyas.

—El vidrio éste. ¿No lo ve, comandante? Está empañado —y de modo instintivo, la joven pasó la mano por el cristal, como si quisiera limpiarlo.

Forrell se acercó al ventanal y tomó a la muchacha por los hombros paternalmente.

—Vamos, vamos, señorita Mariani. Haga lo que le he dicho y váyase a dormir.

—Pero es que el cristal está empañado, comandante —protestó ella, con un tono ciertamente infantil.

—Bueno, está empañado. Haremos que lo limpien, ¿eh? Ande, sea una buena chica y váyase a la camita. Mientras que se dirige a su cámara, yo hablaré con Spiegel y le diré…

Cuando se hubieron quedado solos en el puente, Forrell regresó a su sitio, limpiándose el sudor de la frente con la manga del negro uniforme.

—¡Uf! —exclamó—. Está como un cencerro, Art.

—En cierto modo, sí, Ian —dijo el segundo.

—¿Cómo que «en cierto modo»? ¡Totalmente, Art!

—Menos en una cosa —dijo muy serio el segundo—. En lo del vidrio.

Los ojos del comandante de la nave se dilataron por el asombro.

—¡Art! ¿Tú también?

—Ven aquí y mira —gruñó LaMure, señalando el cristal—. ¿Qué diablos es eso? ¿Por qué no se ven las estrellas con toda claridad?

Forrell se encogió de hombros.

—Bueno, acaso tenga razón la chica y…

—Dijo que el vidrio estaba empañado, pero no es ésta la expresión corriente. Al menos, refiriéndose a una abundancia de vapor de agua en suspensión en el interior de la nave. Pero aquí eso no existe… y, sin embargo, la visibilidad se ve ciertamente dificultada. ¿Qué ocurre, Ian?

El comandante frunció el ceño, dándose cuenta de que su segundo tenía razón. No se veían las estrellas con toda la claridad que fuese de desear; parecía como si un débil velo de niebla se interpusiera entre ellas y su visión.

Alargó mecánicamente el dedo índice, pasándolo por la lisa superficie del vidrio. Pero no quedó en éste la menor traza de su gesto, lo cual le hizo volverse hacia LaMure completamente desconcertado:

—A ver si Lena va a acabar teniendo razón —masculló irritado.

—¿Razón... en qué, Ian?

—En lo de ese animal que mató a Kenitra, Art.

—No te entiendo, Ian. ¿Te molestaría explicarte un poco más claro?

—Lena —contestó Forrell con meditabundo acento— dijo que era como una nube. Que se convirtió en vapor en pocos segundos, fundiéndose con la atmósfera del planeta.

—¡Qué barbaridad! ¡Eso es imposible, Ian!

—¿Imposible? ¿Qué sabemos nosotros de las formas de vida que hay en otros planetas, Art? Siempre hemos creído que todos los animales con los cuales íbamos a encontrarnos tenían que ser idénticos a los terrestres, aunque fueran de especies ya desaparecidas, como los grandes saurios del triásico. Pero, ¿qué me dices de esa pareja de perros octópodos que llevamos en nuestro zoo particular? ¿Y esa serpiente con alas, que puede volar, y vuela, y que parece arrancada de un biombo chino? ¿Y del árbol andarín... que cuando ha agotado los jugos de la tierra en que se encuentra, saca las raíces del suelo y camina, muy lentamente si tú quieres, pero camina al fin y al cabo, hasta encontrar un trozo con alimento? ¿Alguno de estos seres tiene semejante en la Tierra?

—¡Hombre! —exclamó el segundo—. Si te pones así, Ian...

—Me limito a señalar los hechos, Art —contestó enérgicamente Forrell. Extendió la mano hacia el vidrio y dijo—: ¿Y si ese animal se hubiese venido con nosotros?

—¿Cómo? ¿Un animal capaz de vivir sin aire, en el espacio? ¡Absurdo, imposible!

—¿Y por qué va a precisar del aire para vivir, Art? ¿No puede ocurrir

que él mismo se proporcione el oxígeno que necesita para un normal desarrollo de su metabolismo?

—Aun así —contestó tozudamente el segundo—, queda en pie la bajísima temperatura exterior...

—Él mismo puede proporcionarse a sí mismo el calor necesario, para vencer el horrible frío que reina ahí fuera, Art —arguyó Forrell, también con machaconería.

—Pues entontes no es ningún animal, sino un milagro o cosa por el estilo... ¡y yo no acabo de creerlo!

—Tendrás que creerlo, te guste o no, Art. Ahora empiezo a explicarme las causas de los tristes presentimientos de Lena... ¡porque yo me estoy sintiendo también muy nervioso!

El segundo soltó una áspera carcajada y encendió un cigarrillo, separándose del ojo de buey. Expulsó el humo placenteramente, pero de pronto se vio obligado a girar en redondo, a causa de una súbita exclamación de Forrell.

—¡Mira, Art, mira!

—¿Qué te ocurre ahora, Ian? —rezongó LaMure—. Empiezo a creer que, efectivamente, estás poniéndote nervioso, y no sólo eso, sino que acabarás contagiándome también a mí.

—Date cuenta, Art. Mira a través de la lucerna. ¿Qué observas ahora?

LaMure se encogió de hombros.

—Nada. Nada de particular.

—¿No, eh? —sonrió amargamente Forrell—. ¿Es que no te das cuenta de que ha desaparecido la neblina?

—¿Y eso qué quiere decir, Ian? Me parece que tú también precisas de un calmante para los nervios. Esa condenada psicobióloga te ha vuelto loco y...

Pero Ian Forrell tenía razón. La neblina, que era causada por Hyavor, había desaparecido, porque éste estaba planeando un segundo ataque.

Durante largo rato, Hyavor había estado viajando con la nave, rodeándola, sin abandonarla un segundo. En todo momento no había dejado de realizar intentonas para introducirse a bordo, pero sin

conseguirlo, ya que, a pesar de su especialísima constitución, no había hallado el menor resquicio para colarse. Pero al fin, su paciencia había tenido la adecuada recompensa.

Silbando alegremente una intrascendente cancioncilla, Peter Buavo caminó hacia determinado lugar de la nave, con un cubo repleto de basura sujeto entre ambas manos. Abrió la puerta de un minúsculo cuartito, y cuando estuvo en su interior, dejó el cubo en el suelo.

Después se fue hacia uno de los mamparos, en el cual se veían dos palancas. Movió una de ellas y al instante se encendió una luz verde, al mismo tiempo que se abría en el suelo, casi a sus pies, una trampa circular de un metro de diámetro.

Tomó de nuevo el cubo y arrojó su contenido en el hueco, sacudiéndolo bien hasta dejarlo totalmente limpio, ayudado por una corriente de aire que aspiraba cada partícula de basura. Después movió de nuevo la palanca, la luz verde se apagó y la trampa se cerró.

Cuando hubo realizado todos estos movimientos, oprimió la segunda palanca, provocando el encendido de una luz roja. Esto indicaba que la cámara que tenía bajo sus pies estaba ya en contacto directo con el vacío exterior, al que eran arrojados los desperdicios, no muy abundantes, porque allí se aprovechaba todo al máximo, que sobraban en el inmenso navío. Pulsó más tarde un botón situado al lado de la luz roja, y un chorro de aire acabó de proyectar la basura al exterior, después de lo cual se dispuso a dejar la habitación.

Y aquello era precisamente lo que Hyavor había estado aguardando pacientemente durante todo aquel tiempo.

Apenas sintió abrirse la trampa externa, todo su ser se concentró allí, reduciéndose de tamaño en una fracción de segundo. De una esfera de quinientos metros de diámetro, se convirtió en otra que apenas si pasaría del metro y que no aguardó mucho para colarse en la cámara exterior del expulsor de desperdicios.

Allí se afianzó.

Hyavor tanteó con sus impalpables tentáculos la tapa interna del expulsor, hallándola impenetrable. Pero era muy inteligente y supo que, tarde o temprano, aquella escotilla volvería a ser abierta de nuevo.

Y entonces...

Arrastrada por sus potentes motores, la astronave huía por el espacio, en dirección a la Tierra, acumulando velocidad y energía para poder dar el salto que, quebrantando las eternas leyes espacio-temporales, le permitiría recorrer una dimensión de varias decenas de años luz en un tiempo absurdamente pequeño, sin saber ninguno de sus tripulantes que la muerte, una muerte horrenda, espantosa, viajaba con ellos, en el mismo aparato.

CAPÍTULO V

Martín Rodríguez, ayudante de tercera clase de ingeniero, silbaba alegremente cuando abrió la puerta del cuarto de expulsión de desperdicios, y todavía continuaba silbando cuando su mano derecha hizo entrar en funcionamiento la primera esclusa. Rodríguez lanzó un gruñido de descontento al ver la espesa nube, opaca, grisácea, que surgía de la cámara del expulsor, y en su interior comenzó a echar pestes de los tipos descuidados que...

No pudo continuar; la nube le envolvió en un espacio increíblemente rápido, y apenas había sucedido tal cosa, lanzó un agudísimo grito.

Una temperatura de horno le sofocó instantáneamente. Rodríguez cayó al suelo, agitándose débilmente, notando que ardía, pero el conocimiento le huyó velozmente y su cerebro se sumió en la noche que no tiene fin.

Muy cerca de aquella cámara, alguien había oído su grito. Dos miembros de la tripulación se detuvieron, mirándose alarmados.

—¿Has oído? —preguntó uno de ellos.

—Sí, me pareció escuchar un grito...

—Creo que fue hacia allí —repuso el individuo, señalando hacia la cámara de expulsión.

—Mejor será que vayamos a ver qué ocurre.

Los dos tripulantes echaron a correr hacia el lugar señalado, encontrando la puerta abierta. Vieron un bulto tendido en el suelo, y uno de los dos lanzó una enérgica interjección.

—¡Podía este tipo tener algo más de cuidado! —dijo, y se precipitó a cerrar la primera esclusa, con lo cual aisló nuevamente a Hyavor en su escondrijo, ignorando que había estado a dos dedos de correr la misma espantosa suerte que acababa de padecer Rodríguez.

Pero apenas había ejecutado tal movimiento, su compañero lanzó un bestial alarido y dando media vuelta salió huyendo de allí. El otro no tardó en imitarle, convertido su rostro en una máscara de gris ceniza.

Ian Forrell estaba terminando su comida, junto a Lena, Dufresne y otros científicos de la expedición, cuando, de pronto, el teniente Thellers penetró como una tromba en el comedor.

Forrell se dio cuenta instantáneamente de la mortal palidez que aparecía en el asustado rostro del oficial.

—¿Qué le ocurre, teniente? —exclamó.

Antes de hablar, Thellers se precipitó sobre la mesa y tomó un vaso con agua, cuyo contenido vació de un solo trago. Después, hubo de apoyarse para no caer al suelo, en tanto miraba con ojos desencajados al comandante de la nave.

—Señor… —tartamudeó—, uno de los tripulantes… Martín Rodríguez… ha muerto…

—¿Muerto? ¿De qué? ¿Qué le ha ocurrido?

—Él… la fiera…

—¿Qué fiera? ¿De qué animal está usted hablando, teniente? —preguntó Forrell, todavía sin comprender.

Pero Lena sí que había comprendido y se puso en pie, espantada, derribando con estrépito su silla.

—¡Es el mismo animal que devoró a Kenitra! ¡Ha venido con nosotros a bordo! —chilló histéricamente.

Forrell no perdió el tiempo en lamentaciones inútiles. Se puso en pie de un salto y caminó hacia un ángulo del comedor, en el cual había un intercomunicador. Pegó un golpe a la palanquita del interruptor.

—¡Conexión general con la red! —pidió con enérgico tono.

Mientras tanto, en el interior de la nave se había producido la natural confusión. Los tripulantes, más nerviosos que asustados, iban y venían

de un lado para otro, armados con la primera herramienta que habían hallado a mano, reunidos instintivamente en pequeños grupos de tres o cuatro personas, buscando a la fiera que de modo tan rápido había acabado con la vida del infeliz brasileño.

Forrell dio unas cuantas órdenes por la red general de altoparlantes con el fin de restablecer la tranquilidad y la disciplina, y luego salió de la cámara.

La nave era inmensa y hubiera tardado mucho en llegar al lugar del suceso, de no haber tomado una correa transportadora que lo llevó hasta allí en pocos momentos. Al llegar a su punto de destino, vio un numeroso golpe de gente amontonada en torno a una puerta.

Thellers le había seguido.

—¡Teniente! ¡Desaloje esto inmediatamente! ¡Que todo el mundo vuelva a su sitio el que tenga algún trabajo! ¡Los restantes, que se encierren en sus cámaras hasta nueva orden!

La muchedumbre se dispersó y entonces Forrell pudo ver a los médicos de abordo, encabezados por Spiegel, inclinados sobre algo que yacía en el suelo y que, de momento, a primera vista, le pareció un montón de ropas.

Alargó el cuello y entonces notó que una intensa náusea le subía por la garganta arriba. Tragó saliva e intentó dominar la sacudida que acababa de recibir en su sistema nervioso.

Spiegel advirtió su presencia allí y se incorporó.

—Allí tiene usted los resultados del ataque de la fiera, comandante —dijo ceñudo.

—¿Es... es posible que exista un animal que cause esos... esos efectos, doctor? —vaciló Forrell.

—No hay más que verlo, comandante —contestó sombríamente el médico—. No sabemos dónde está, pero sí podemos apreciar su extraña y terrorífica manera de actuar.

Forrell no tardó en rehacerse.

—Bien, doctor —dijo—; eso es cuenta suya y de sus colegas. El resto me compete a mí.

—¿Qué es lo que piensa hacer usted, comandante? —inquirió Spiegel.

—Voy a organizar una serie de patrullas fuertemente armadas, que recorran la nave, hasta el más recóndito de sus rincones, con orden de disparar a la menor sospecha. ¡Thellers!

—¡A la orden, señor! —contestó el teniente, que no se había movido de allí.

—Disponga un par de hombres para que escolten a los médicos. Luego venga conmigo y dispondremos lo necesario para la búsqueda de la fiera.

Forrell dio media vuelta y se colgó de la primera correa que halló al paso, en tanto que Spiegel y sus ayudantes se llevaban al laboratorio los escasos restos del infeliz Rodríguez.

Antes de llegar al puente de mando, Lena y LaMure le salieron al paso con la ansiedad pintada en sus rostros, interrogándole sin palabras. Forrell dijo:

—No, no lo hemos hallado todavía, pero lo encontraremos; de ello no cabe la menor duda. Ahora lo que nos conviene es no aislarnos individualmente, sino permanecer en pequeños grupos. Art, convendría que buscases armas y...

En aquel momento, la luz roja del intercomunicador se encendió, titilando frenéticamente.

LaMure se arrojó sobre el aparato, dando media vuelta al conmutador.

Instantáneamente, un chorro de palabras brotó del altavoz, llenando con sus aterrorizados sonidos todo el ámbito del puente de mando.

—¡Comandante Forrell! ¡La bestia... ataca! ¡Oh, es horrible... espantoso...! ¡Pronto, pronto... por favor!

Varias detonaciones estallaron súbitamente, resonando fuertemente en la atmósfera. La voz del que había hablado se convirtió en un chillido de ciego espanto.

—¡Comandante, está atacando! ¡Se arroja sobre Wilkins! ¡Lo envuelve...! ¡Oh, pero no es un animal corriente, sino...! ¡Toma, bestia maldita! ¡Suéltalo... suéltalo, te digo!

La voz del tripulante se intercaló con el estrépito de media docena de

disparos más, hechos en forma tan rápida como alborotada. Y por encima del estruendo de las detonaciones, pudo oírse con toda claridad el salvaje alarido emitido por la garganta de una persona en peligro de muerte.

Forrell no lo dudó más; olvidándose en absoluto de que estaba inerme, salió del puente de mando y saltó al vacío.

Lena lanzó un agudísimo grito de espanto al ver que Ian desaparecía de sus ojos. Luego, sin poder contenerse, salió fuera, apoyándose con ambas manos al pasamano y entonces lanzó un suspiro de alivio al ver indemne al comandante.

Forrell no había perdido el tiempo en utilizar la escalera o el ascensor que permitía los accesos al puente, que estaba situado en el centro geométrico de la nave, a una altura de unos doce metros sobre el nivel de la tercera cubierta. Sin vacilar, y aprovechándose de la media gravedad que allí reinaba, se había lanzado al vacío, alargando sus manos hasta hallar una correa transportadora, a la que se cogió con todas sus fuerzas.

Se balanceó unas cuantas veces hasta recobrar el equilibrio. Pero casi de inmediato se dio cuenta de que el movimiento de la correa era demasiado lento en comparación con la prisa que él tenía y la soltó, echando a correr con gigantescas zancadas de seis y más metros.

En medio minuto llegó al lugar de donde había salido la voz. Estaba desierto, a excepción de un informe bulto de ropas que yacía en el suelo, y un hombre que, arrodillado a unos cuantos metros de allí, sollozaba histéricamente.

Forrell sacudió enérgicamente al hombre hasta que éste levantó la cara. El joven vio que el tripulante tenía las mejillas bañadas en lágrimas.

—¡Petersen, contésteme! —Le sacudió aún más—. ¿Qué ha ocurrido?

—¡Oh, comandante! —balbuceó el hombre, sacudido por involuntarios estremecimientos de pavor—, fue algo horrible, espeluznante. Estábamos ahí Lynman y yo… charlando tranquilamente cuando, de pronto… Era una nube de gas, comandante, se lo juro. Salió del cuarto de expulsión de desperdicios y… Apenas lo vimos Lynman y yo nos quedamos paralizados por el horror. Sentíamos como si mil ojos nos estuvieran mirando fijamente a la vez, tratando de hipnotizarnos… La nube creció hasta alcanzar una altura de siete u ocho metros y, de pronto, se arrojó sobre nosotros… Yo fui el primero en reaccionar y

me lancé sobre el comunicador para pedir auxilio... Mientras tanto, la nube había envuelto a Lynman y lo perdí de vista en un segundo. Disparé, pero todo fue inútil, porque las balas atravesaban aquel gas sin causarle el menor daño... Lynman cayó a los dos segundos de haber sido envuelto... chillaba... ¿No lo oyó usted, señor?

—Sí, claro, claro, Petersen —le animó el joven a continuar, horrorizado por el relato que estaba escuchando. Vagamente se dio cuenta de que había algunos hombres escuchándoles, todos ellos armados hasta los dientes—. Siga, siga, se lo suplico, Petersen.

—Poco más hay que contar, señor —dijo Petersen—. Cuando Lynman cayó, la nube pareció aumentar de tamaño y creo que se iba a lanzar sobre mí, pero en aquel momento puse en funcionamiento el intercomunicador... y retrocedió con la rapidez de un relámpago, escondiéndose. Luego quise ayudar a mi compañero, pero... Comandante, ¿qué horrible fiera llevamos a bordo? ¡Ya no queda nada de Lynman! —terminó el hombre, gimiendo histéricamente.

Forrell lo cogió por los hombros, haciéndole dar media vuelta y alejándolo de allí. Lo puso en manos de uno de los médicos que habían acudido y ordenó:

—¡Lléveselo de aquí, doctor! ¡Procure que duerma y descanse!

—Sí, comandante.

Cuando se hubo quedado solo allí, Forrell miró pensativamente la puerta de la cámara, que estaba entreabierta, y recapacitó durante unos segundos. Si era verdad lo que Petersen había manifestado, ciertamente se encontraban ante un peligro de nueva especie, frente a los despiadados ataques de un animal de desconocida especie, cuya morfología no podía ser más extraña. ¿Un gas con inteligencia? Parecía absurdo, ilógico, pero... los restos semilíquidos de lo que había sido un fornido tripulante yacían a sus pies y aquello no era ningún truco.

Se dio cuenta de repente de que tenía en la mano la pistola que había disparado infructuosamente Petersen. Animado por esta idea, dio un paso en dirección a la cámara de expulsión.

Pero en aquel momento, unas manos nerviosas le tomaron por los brazos. Los azules ojos de Lena le miraron con no disimulada ansiedad.

—¡No entre ahí, comandante, por lo que más quiera! ¡Esa bestia le

devorará y...!

Forrell sonrió a su pesar.

—Gracias por su interés, Lena, pero debo hacerlo, compréndalo.

—¡No, no! —gritó ella, pero Forrell la apartó con un suave movimiento.

Sin embargo, antes de que diera el segundo paso, recordó un detalle: no había intercomunicador en la cámara.

Frunció el ceño y dio media vuelta.

—¡Por favor —pidió— tráiganme un transmisor portátil!

—¿Qué es lo que piensa hacer, comandante? —inquirió Lena con ansiedad.

—Hablar mientras que actúo, a fin de que todo el mundo vea y oiga lo que yo hago, y así podamos estar mejor preparados para el contraataque.

Un hombre corrió hacia ellos con un aparato en las manos. Forrell lo tomó, comprobando su perfecto estado de funcionamiento, y luego colocó el objetivo de tal modo que enfocara cuanto hubiera frente a él. Era un transmisor portátil de televisión, y había juzgado necesario su uso, con el fin de que toda la dotación pudiera contemplar, por su mediación, la imagen del animal que tan terribles efectos causaba con sus feroces ataques.

Lena quedó en el mismo sitio, mordiéndose los labios en tanto veía a Ian avanzar cautelosamente hacia la puerta de la cámara. Oyó que el comandante decía:

—¡Dufresne!

—¿Señor? —contestó el aludido a través de la red de altavoces.

—¿Dónde está usted?

—En el cuarto de transmisiones, comandante.

—Muy bien. Haga el favor de darme indicaciones según vaya viendo las imágenes en su monitor, ¿me comprende? Ah, y de paso, que uno de sus hombres vaya filmando lo que aparezca en la pantalla.

—Sí, comandante.

Forrell avanzó hacia la cámara. Llegó a la puerta y asió el pomo, deteniéndose allí un instante, durante el cual, y de modo completamente instintivo, vaciló.

Al fin, abrió de un tirón y, quizá para disimular sus propias aprensiones, exclamó:

—¿Es buena la definición de las imágenes, Dufresne?

—Bastante, sí, señor —replicó el técnico.

Forrell echó un vistazo a la cámara e inmediatamente su pituitaria se vio asaltada por un nauseabundo olor que le repelló, trastornándole el estómago. Al mismo tiempo, una desagradable impresión psíquica, que no sabía a qué achacar, sacudió su espíritu y tentado estuvo de retroceder, pero, violentándose a sí mismo, dio dos pasos más.

Una sombra se alzó del suelo, surgiendo del orificio del expulsor.

Forrell contempló como hipnotizado aquella amarillenta nube, hedionda, sin forma, que se dilataba rápidamente, en tanto que en su interior flotaban innumerables motas de algo que parecía polvo reflejando la luz de un rayo de sol. El hedor aumentó y las piernas del joven flaquearon.

Mientras tanto, Hyavor se estaba regocijando. Allí, a su alcance, tenía una nueva presa con la cual alimentarse. Ya había comido tres veces y aquello había triplicado su vitalidad, aunque notaba que aún le faltaba mucho para ser el ágil y fuerte Hyavor de antaño. Pero sus movimientos se veían interferidos por aquellas extrañísimas vibraciones que tanto dolor le causaban y de las cuales no podía librarse por más esfuerzos que realizaba.

Hyavor se dispuso a arrojarse sobre el incauto que se había introducido en sus dominios, pero en aquel momento un agudísimo espasmo de dolor sacudió todo su ser.

La voz de Dufresne se dejó oír en la cámara.

—¡Comandante! ¡Levante un poco más el objetivo del transmisor! ¡Así… así… a la derecha dos puntos…! ¡Cielos! ¿Qué es eso, comandante?

Tratando de huir de aquellos latigazos que parecían fuego, Hyavor se

replegó sobre sí mismo. Se dilató un instante hasta ocupar casi toda la extensión de la cámara, cosa que hizo retroceder a Forrell de un salto, pero en el momento siguiente, Hyavor se convirtió en una pelota que se arrebujó en el rincón opuesto de la estancia.

Forrell no intentó siquiera disparar la pistola, sabiendo que las balas no harían el menor daño a aquel animal, que había resultado ser de constitución gaseosa. Desde la puerta contempló la bola en que se había convertido Hyavor y meditó unos segundos, sin darse cuenta de que el sudor le corría a chorros por el cuello.

Cuando Dufresne calló, los dolores de Hyavor se amortiguaron notablemente, y entonces volvió a dilatarse, disponiéndose a un nuevo ataque. Pero cuando ya el borde de su masa tocaba casi al joven, la voz del técnico volvió a dejarse oír.

—¡Comandante! ¿Qué es eso? ¿Un fantasma o una nube?

Chispazos de dolor recorrieron con lancinantes puntadas todas y cada una de las moléculas del cuerpo de Hyavor. Y, por su parte, Forrell lo vio encogerse de nuevo, reduciéndose de volumen hasta un tamaño increíble.

Los que habían organizado la primera expedición a las estrellas no habían confiado el mando de la «De Soto» a un tonto precisamente. Y, en verdad, no se necesitaba una gran dosis de inteligencia para comprender que cada vez que se realizaba una transmisión radial, el gas resultaba afectado por alguna razón.

Antes de que Hyavor pudiera hacer nada, Forrell dijo:

—¡Creo que he hallado la manera de apresar a la fiera! ¡Dufresne, continúe hablando sin cesar por el transmisor, aunque no diga más que tonterías! ¿Me ha entendido? Cualquier cosa sirve. Cante, recite; lo que sea, pero no se calle. ¡Art!

—¿Qué hay, Ian?

—Prepara una caja metálica, de cierre hermético, y tráela aquí inmediatamente. Dufresne, usted haga lo que le digo.

—Sí, señor —contestó el radio, pensando en que acaso el comandante podría haberse vuelto loco, pero rompiendo a cantar, con terrible desafinación, por cierto, y haciendo estremecerse en su tumba los huesos del autor de «La Marsellesa».

CAPÍTULO VI

Perversos dolores recorrían incesantemente todas y cada una de las partículas de Hyavor. ¡Aquellas diabólicas vibraciones que no cesaban un segundo...!

Hyavor podría haberse dilatado en un microsegundo, hasta ocupar totalmente el interior de la gigantesca astronave, con lo cual habrían disminuido aquellos dolores, pero sabía que tampoco iban a cesar de esa forma, aparte de que entonces sus fuerzas hubieran disminuido notablemente. Hyavor era muy inteligente y, así, encogido soportando estoicamente los millones de puñaladas que le atravesaban el cuerpo, esperaba quizá un descuido de sus enemigos para entonces lanzarse y desencadenar un nuevo ataque, tan mortalmente terrorífico como los otros.

Por otra parte, dentro de las molestias que sentía, percibía otras mucho más tenues, pero no por ello menos desagradables y que, de haber gozado de un completo dominio y conocimiento técnico de la situación, hubiera achacado al incesante funcionamiento de los motores termonucleares de la nave. Y así como los dolores producidos por las ondas sonoras no le causaban tanto daño habiéndose dilatado, sabía que las sutiles emanaciones de la fusión atómica en el interior de las máquinas del navío no podría contrarrestarlas con nada.

Pero Hyavor era paciente. Para él un día de aquellos seres apenas si era un segundo de su tiempo, de modo que, aun sabiendo que iba a ser apresado, podía esperar. Y lo haría, máxime ahora que estaba relativamente alimentado y sus fuerzas estaban ya muy cerca de ser las que un ser como él en estado normal debía poseer.

Agazapado en un rincón de la cámara, convertido en una ominosa bola, de un siniestro color gris mate, en la cual flotaban numerosos puntos amarillos, vio acercarse a uno de aquellos seres y necesitó de toda su fuerza de voluntad para no arrojarse sobre él. Solamente el temor a una intensificación de las vibraciones que tanto daño le causaban y que incluso podían llegar a matarle, detuvo sus propósitos.

Por otra parte, Forrell no había querido correr ya ningún riesgo. Prevenido para cualquier contingencia, se había colocado encima un pesado traje contra las radiaciones, cuya enorme masa le hacía

moverse con grandísima dificultad.

A través del grueso cristal azulado que tenía en el casco, Forrell vio aquella bola apoyada contra uno de los rincones y, en medio de la expectación general, contemplado por dos millares de pupilas, todas ellas enfocadas a las numerosas pantallas televisoras que recogían la escena, transmitida por un objetivo que sostenía Delgado, también equipado con un traje similar, avanzó hacia Hyavor.

Un infrahumano gemido se escapó del interior del ser, cuando se dio cuenta de que iba a ser apresado. Pero su queja no fue oída por nadie, porque estaba emitida en una frecuencia de varios cientos de miles de vibraciones por secundo.

Lo único que Forrell advirtió fue una serie rapidísima de ondulaciones de la superficie de aquella bola, como si su interior se estremeciese con un impulso desconocido. Los puntos amarillentos flotaron y revolotearon con un ritmo más vivo, pero eso fue todo.

El comandante de la nave advirtió las siniestras emanaciones que se desprendían de lo que él consideraba como una fiera. Un sentimiento de horror se apoderó de todo su espíritu, un sentimiento mezclado con el odio y la angustia, el temor y la repulsión, mas, dominándose valientemente, se inclinó.

Tomó con ambas manos, envueltas en pesados guantes, la bola, hallándola relativamente blanda, aunque de cierta consistencia, más que la que había esperado. Los guantes le protegían, pero no hasta tal punto que no advirtiera el extraño calor que se desprendía de aquel ser, lo cual, sin embargo, no le afectó apenas.

La esfera pesaría unos cincuenta kilos, que, reducidos a la mitad como consecuencia de la media gravedad que reinaba allí, fueron bien manejados por Forrell. Dos hombres, vestidos también con trajes antirradiactivos, penetraron allí, portadores de una pesada caja metálica y la situaron en el centro de la cámara.

Forrell arrojó la bola dentro de la caja y al momento una pesada tapa, de cierre hermético, cayó sobre ella. Y, en aquel instante, un colectivo suspiro de alivio se percibió en toda la nave.

* * *

La caja estaba allí, en el centro de la cámara de gobierno de la nave,

junto al puente, sobre una amplia mesa, en torno a la cual estaban sentadas dos docenas de personas, todas ellas altos mandos de la nave.

Forrell presidía la reunión, teniendo a su lado a los principales testigos de las hazañas de Hyavor, cuyo nombre, naturalmente, ignoraban ellos. Estaba realizando una encuesta, con el fin de emitir el correspondiente informe a su regreso.

—El jefe de la Seguridad Psíquica —anunció secamente.

El interpelado, doctor Kesius, se puso en pie. Limpió mecánicamente sus gafas, carraspeó brevemente y empezó a leer.

—Es evidente —dijo— que nos hallamos ante uno de los hechos más sensacionales que jamás hayamos conocido. Un animal de la peculiar constitución de ése que tenemos ahí cautivo es ciertamente bien raro y extraño. No es tanto la mortífera potencia de sus ataques —ya vieron ustedes cómo devora y digiere a un hombre en contados segundos, extrayendo de éste los principios minerales que precisa para el mantenimiento de su singular metabolismo, en tan cortísimo espacio de tiempo—, como el hecho, único hasta ahora, de que sea un animal formado por un gas. Ahora bien, ciñéndonos a mi especialidad, diré que los espíritus de todos cuantos nos hallamos a bordo han podido ser seriamente afectados por los salvajes hechos de esa bestia gaseosa, cosa que, afortunadamente, hemos logrado evitar a tiempo. Es evidente que tendré que realizar varios psicoanálisis a los tripulantes que, de una forma u otra han tenido contacto con la bestia, con el fin de liberarlos de la inhibición que dicho contacto les ha causado. Pero, para ello, necesitaría poder estudiar el animal de una forma mejor que encerrado en una caja hermética.

Forrell saltó en su asiento.

—¿Qué? —gritó—. ¿Sugiere usted que liberemos al animal, doctor Kesius?

—¡No, no lo haga, comandante! —gritó Lena, palidísima.

Dufresne lanzó una atroz interjección.

—«¡Sale béte!» —masculló—. Antes que nadie intente una cosa semejante, tiraré la caja al espacio.

Forrell se creyó obligado a poner orden.

—Ni una cosa ni la otra —dijo resuelto—. Doctor Kesius, su petición

queda denegada como inaceptable.

—Pero es que necesitamos hacer un completo estudio de las características de ese gas animal, comandante —arguyó el psiquiatra —. Sólo de esta forma...

Forrell movió la cabeza.

—Lo siento, doctor Kesius, pero eso es algo a lo que no pienso acceder. Lo poco que conocemos de la fiera es más que suficiente para saber que puede alcanzar dimensiones increíbles en su voluntaria dilatación gaseosa, dimensiones que sobrepasan los límites de nuestra nave. Recuerden todos que, desde que salimos de aquel fatídico planeta, la fiera viajó con nosotros, envolviendo totalmente la nave con su masa gaseosa. Acceder a su pretensión, doctor Kesius, sería tanto como condenar a muerte a un tripulante, a dos, a cinco, ¿quién sabe si a todos nosotros?

El jefe de la Seguridad Psíquica hizo una mueca.

—Sabemos el modo de dominarlo. Tenemos un arma que, contra él, es tan segura como una Mágnum 375 contra un león.

—¿Se refiere usted a las emisiones radiales, doctor? —preguntó Dufresne.

—Exactamente. En la forma que sea, las ondas de radio afectan notablemente su constitución, reduciéndolo a la impotencia. Podemos instalar en una habitación, destinada expresamente a tal fin, un par de emisoras de microondas, dotadas de antena direccional, con objeto de que las emisiones sean hechas desde dos puntos...

Forrell miró a otro de los asistentes.

—Rodney, usted, como jefe de estructura interna, tal vez pueda contestar a la sugerencia del doctor Kesius.

El aludido meneó la cabeza.

—Sería una empresa muy dificultosa, comandante. Las cámaras normales no son estancas, y las que lo son tienen ya un objeto y un fin claramente definidos. Haciendo lo que pide el doctor Kesius, correríamos el riesgo de inutilizar una de esas cámaras, con el consiguiente perjuicio para la marcha conjunta de la estructura interna de la nave.

—Pues es necesario buscar una solución —insistió Kesius.

—Estoy con usted, doctor —dijo Forrell—. Nos conviene conocer a fondo este animal antes de llegar a la Tierra. ¿Se imaginan ustedes los desastrosos efectos que podría provocar una fiera de ese calibre, suelta en la superficie de nuestro planeta, totalmente invisible e inaudible, atacando a quien bien le pareciera, sin medio alguno de responder a sus ataques?

—Tenemos las ondas de radio —objetó Kesius.

—Pero sólo aquí —contradijo Forrell—. ¿Qué sabemos lo que puede hacer un animal como ése en completa libertad? Recuerden que la atmósfera del planeta en que lo hallamos era idéntica, en un noventa y ocho por ciento, a la nuestra; a esta misma que ahora respiramos.

—Aún cabe otra posibilidad mucho peor —terció el doctor Spiegel, silencioso hasta entonces—: que se reproduzca.

Un escalofrío de miedo corrió por todas las espinas dorsales de todos los presentes, cuyas miradas, de modo unánime, se dirigieron a la caja que descansaba sobre la mesa.

—¿Re... producirse, ha dicho usted, doctor?

El interpelado asintió con lentos movimientos de cabeza.

—Exactamente, comandante.

—¿Y cómo lo sabe usted? —le miró fijamente Kesius, de una manera casi desafiante—. ¿En qué forma lo ha deducido?

—No lo he deducido todavía, doctor Kesius —respondió Spiegel—, pero me lo supongo. Ese animal no necesita de pareja para reproducirse y, suelto en la superficie de la Tierra, en unas condiciones óptimas, mucho mejores que las del mundo en que lo hallamos, puede dar origen a quién sabe cuántos centenares o millares o millones de seres idénticos a él. Las consecuencias que esto podría reportar a la Humanidad en general pueden ustedes imaginárselas con toda facilidad.

Forrell asintió.

—Por supuesto, doctor Spiegel —dijo—. Ahora bien, ¿de qué forma cree usted puede dar este animal origen a otro congénere?

—Muy posible del mismo modo que una célula viva da origen a otra análoga. Partenogénesis, carioquinesis, eso es lo de menos. Pero con alimentación en abundancia, como la tendría de sobra en la Tierra, su reproducción y multiplicación hasta el infinito sólo sería cuestión de tiempo. Y la extinción de la Humanidad también. ¿Se imaginan la atmósfera de la Tierra substituida por una población incalculable de seres como ése que tenemos ahí? ¿Cientos de millones de gases animales viviendo sobre la superficie de nuestro planeta, un mundo lleno de cadáveres?

Hubo un momento de silencio después de las palabras del doctor Spiegel. Después, Forrell golpeó la mesa.

—No, no podemos arriesgarnos a desencadenar tal amenaza sobre nosotros mismos.

—Pero sí tratar de estudiarla, con el fin de que, las sucesivas expediciones a las estrellas, cosa que indefectiblemente se producirá apenas hayamos regresado nosotros, puedan enfrentarse con ellos con la seguridad absoluta de vencer. ¿Y si una nave, distinta de la nuestra por supuesto, trae en su viaje de regreso una flora de este género, a la cual no ha podido dominar? Nosotros tendremos la culpa, por no haberles enseñado la manera de combatirla, y esto podremos subsanarlo estudiándola a fondo antes del aterrizaje —concluyó enérgicamente el jefe de la Seguridad Psíquica.

Forrell, entonces, tomó una decisión.

—Perfectamente; lo haremos como usted dice, doctor Kesius.

La mano de Lena se apoyó nerviosamente en el brazo del joven.

—Comandante, no. No haga eso. Arroje la caja al espacio. O métala en una cámara de combustión nuclear. No hay ser, de la clase que sea, que pueda resistir la radiación de uno de nuestros motores. El gas animal moriría así, sin duda de ningún género.

—Está usted afectada por los recientes sucesos —dijo sonriente Forrell —. Señorita Mariani, acabo de elaborar un plan que nos permitirá estudiar al animal sin peligro alguno para la dotación. ¡Rodney!

El jefe de estructura interna asintió.

—¿Sí, comandante?

—Va a hacer usted exactamente lo que yo le diga. Por supuesto,

aceptaré las posibles objeciones que usted pueda presentarme, pero creo que mi idea puede llevarse a la práctica sin riesgo alguno. Escuche…

* * *

Habían elegido una de las mayores cámaras de la poderosa astronave, despojándola de todo adminículo innecesario, de modo que solamente habían quedado las paredes absolutamente desnudas, verificando al mismo tiempo la absoluta estanqueidad de las lucernas. Un orificio de una décima de milímetro de diámetro no causa una pérdida apreciable de aire, y dicha pérdida solamente puede apreciarse con el detector correspondiente; pero, con el fin de evitar tal emergencia, las ventanas habían sido comprobadas de modo exhaustivo y se tenía la seguridad absoluta de que, en caso de un desastre, Hyavor no podría huir al espacio exterior, en donde vivía con la misma facilidad que en una atmósfera normal y corriente.

Para mayor seguridad, la puerta de acceso a la cámara se había hecho también estanca, con una cerradura automática en caso de peligro, con lo cual se evitaría la expansión del animal por el interior de la nave, y ahora Hyavor, gracias a la estratagema de Forrell, podía ser observado perfectamente, sin, en apariencia, el menor riesgo para nadie.

Dos hombres, armados cada uno de ellos con sendos proyectores de microondas de radio, enfocaban desde puntos opuestos de la cámara, con sus antenas direccionales, la enorme caja de vidrio que Rodney había hecho construir, a sugerencia de Forrell. Esta caja mediría, siendo su forma rigurosamente cúbica, unos cuatro metros de lado, y en su interior estaba la otra que contenía al monstruo gaseoso.

Para levantar la tapa de la caja metálica, el jefe de estructura había dispuesto unas manos mecánicas, en un todo similares a las que se utilizan para manejar materiales radiactivos. La instalación de todo aquello había consumido más tiempo que el que habían pensado, de tal modo que, cuando al fin llegó la hora de comenzar la observación, ya la «De Soto» había realizado el salto espacio-temporal que la había llevado a los confines del Sistema Solar, hallándose en aquellos momentos a punto de alcanzar la órbita de Plutón y navegando por el espacio a velocidades planetarias, decelerando lenta pero continuamente.

La cámara estaba repleta de gente, reunida en torno al cajón de vidrio, observando anhelosamente el menor movimiento de los especialistas. A fin de que todo el mundo pudiera contemplar la operación, se había instalado también un objetivo televisor, que transmitía las imágenes a todas las pantallas de a bordo. Nuevamente dos miliares de pupilas estaban fijas sobre la siniestra caja metálica, en cuyo interior yacía el monstruo gaseoso.

Rodney miró a Forrell, como consultándole con el gesto. El comandante, quien tenía a su lado a Lena, movió la cabeza afirmativamente, y el jefe de estructura comenzó a manejar las manos mecánicas.

La tapa de la caja se alzó lentamente, siendo depositada con suavidad en uno de los costados del cajón de vidrio. La bola gris quedó al descubierto e, instantáneamente, un aprensivo sentimiento de repulsión y temor se produjo en todos los espíritus.

Una oleada de odio invisible, infrahumano, emanó de aquella bola gris, cuya superficie era recorrida continuamente por levísimas oscilaciones semejantes a finas olas líquidas, apenas perceptibles por la vista. Los puntos amarillos permanecían relativamente quietos, pero de pronto se agitaron en un torbellino rapidísimo. Hyavor actuó.

Un grito unánime de asombro se escapó al momento de todas las gargantas. Ni uno solo de los presentes dejó de retroceder un paso, de forma totalmente instintiva, sin poderlo evitar.

La nave tenía un departamento de alimentación, en el cual se criaban animales vivos, aptos para el consumo humano. No sin grandes protestas del intendente, Forrell había conseguido que éste le cediese un cordero para el experimento que estaban llevando a cabo.

El corderillo estaba en uno de los rincones del cubículo, tranquilamente apoyado sobre sus patas. De pronto, a través del vidrio, se oyó un débil balido de temor. El sonido fue muy tenue pero se pudo percibir con toda claridad.

La bola se dilató en una fracción de tiempo increíblemente pequeña. Todos cuantos allí estaban se quedaron sorprendidos por la rapidez del aumento de volumen del monstruo, que pareció realizarse sin transición alguna, como si todo el tiempo hubiera tenido aquel tamaño que en el momento actual era de unos tres metros.

El gas permaneció inmóvil unos segundos, contemplado por todos los tripulantes de la cosmonave. Hyavor sabía que le miraban, pero esto

no le importaba mucho en aquellos momentos; lo interesante para él era que tenía comida.

Hyavor se convirtió en un remolino de polvo gris que giró vertiginosamente sobre sí mismo, con movimientos imposibles de seguir por la vista más aguda. Después, todo el mundo pudo contemplar a su sabor el feroz ataque.

En una décima de segundo, la masa gaseosa ocultó por completo al corderillo en su fatídico seno.

Todas las respiraciones se paralizaron instintivamente. Decenas de cuellos se alargaron para presenciar mejor la escena y una unánime exclamación de horror, horror bien impregnado de admiración, a pesar de todo, brotó de los labios de los presentes, cuando, apenas veinte segundos más tarde, la nube de humo se separó de aquel rincón.

Más de uno necesitó taparse la boca cuando, una vez hubo concluido todo, se vio en el suelo, en el lugar que el cordero había ocupado anteriormente, una pequeña mancha amarillo verdosa, cuya consistencia, a primera vista, parecía gelatinosa. Aquello era todo cuanto restaba del infeliz cordero, devorado y digerido por Hyavor en tan contado tiempo.

Pero en aquel momento Hyavor pareció enloquecer cuando, una vez más, sintió todas las moléculas y todos los átomos de su cuerpo traspasados por aquellos millares de dardos de fuego que tanto dolor le causaban. Giró, frenético, dilatándose y contrayéndose alternativamente, en rapidísima sucesión, ante los espantados ojos de los concurrentes, buscando desesperadamente una salida que la perfecta estanqueidad del cajón de vidrio no podía proporcionarle en modo alguno.

Forrell había dispuesto que, mientras durase el experimento y bajo ningún concepto, se efectuase la menor emisión de radio. Pero algo muy grave debía suceder cuando LaMure, que se hallaba en el puente, había violado aquella orden.

—¡Mensaje de la Tierra! —anunció el megáfono, con metálico estridor —. ¡Mensaje de clase A!

Por un instante, la atención general se desvió del espectáculo que se ofrecía en aquella cámara. Y todos los ojos, de manera puramente maquinal, se dirigieron hacia el altavoz, como si quisieran con aquel gesto adivinar el contenido del mensaje.

Los sucesos de los últimos tiempos habían hecho olvidar a todos los miembros de la tripulación que la hora de la llegada a la Tierra, después de cinco largos años de ausencia, estaba próxima ya. Pero ahora, aquellas palabras del segundo les habían vuelto a la realidad.

Una realidad, por otra parte, demasiado amarga, puesto que un mensaje de la clase «A», aparte de su indudable urgencia, que hacía pasar por alto todas las demás cosas, sólo podía significar, en el código previamente establecido, una cosa.

—¡La guerra ha estallado! —dijo Ian sombríamente, resumiendo con aquella frase el sentir general.

Luego recordó que era el comandante de la nave, el amo a bordo después de Dios, y, soltando a Lena, echó a correr precipitadamente hacia el puente.

CAPÍTULO VII

Forrell penetró en el puente de mando, sin darse cuenta de que Lena Mariani le había seguido. Allí estaban, aparte de los oficiales y navegantes de la guardia, su segundo y Dufresne.

LaMure se adelantó a recibirle, con una tira de papel en las manos.

—Éste es el mensaje, Ian —dijo, y el joven comandante lo tomó.

Sus ojos le dieron un vistazo.

—Viene en lenguaje ordinario —dijo frunciendo el ceño.

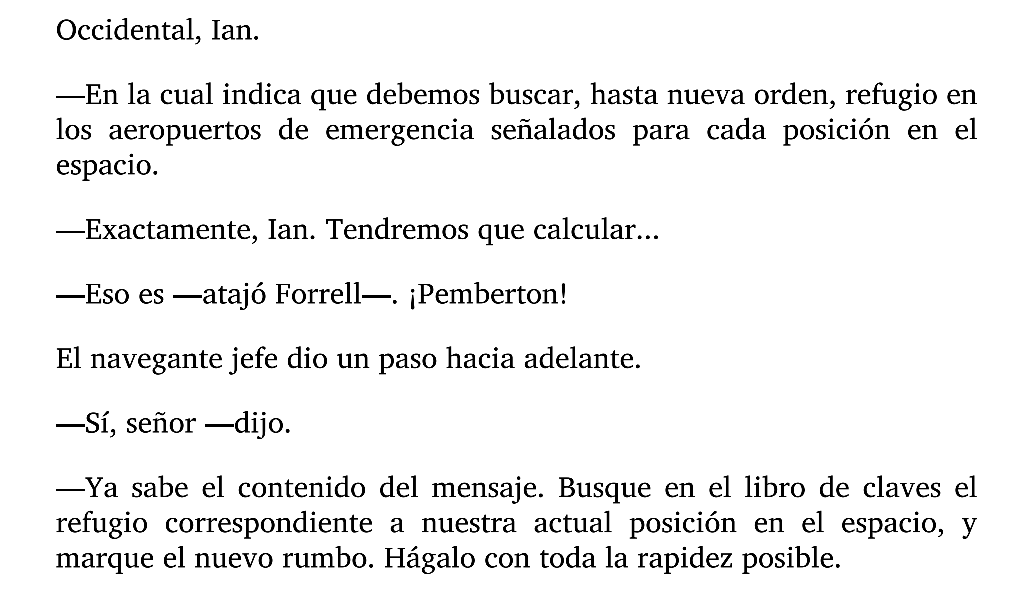
—Mientras llegabas, me permití descifrarlo, Ian. Con eso hemos ganado algo de tiempo.

—Está bien, gracias —contestó Forrell, abstrayéndose durante unos momentos en la lectura del documento.

Luego levantó los ojos.

—No es un mensaje especialmente dirigido a nosotros —dijo.

—Ciertamente. Es una circular a todas las naves de la Unión



Occidental, Ian.

—En la cual indica que debemos buscar, hasta nueva orden, refugio en los aeropuertos de emergencia señalados para cada posición en el espacio.

—Exactamente, Ian. Tendremos que calcular…

—Eso es —atajó Forrell—. ¡Pemberton!

El navegante jefe dio un paso hacia adelante.

—Sí, señor —dijo.

—Ya sabe el contenido del mensaje. Busque en el libro de claves el refugio correspondiente a nuestra actual posición en el espacio, y marque el nuevo rumbo. Hágalo con toda la rapidez posible.

—A la orden, señor —contestó el navegante, saludando y retirándose.

Luego Forrell miró a su segundo.

—La cosa es más grave que lo que parece, Art. Un suceso como éste no se había producido desde antes de nacer yo.

—Lo cual quiere decir que, al fin, la Federación Oriental se ha dejado de bravatas y se ha lanzado por el sendero de la guerra.

—Eso parece. Y, según se desprende del mensaje, todo el tráfico interplanetario ha sido suspendido en absoluto. ¿Es que esos cochinos ictéricos han armado y equipado naves de guerra?

—Es lo más probable, Ian. Y, como a buen seguro, habrán actuado según su inveterada costumbre, es decir, sin previo aviso, habrán cogido desprevenidas e inermes a las nuestras, barriendo del espacio a los desdichados que no hayan tenido tiempo de refugiarse.

—Pienso lo mismo que tú. Y además, hay que tener en cuenta que nosotros acabamos de salir del hiperespacio, lo cual quiere decir que el mensaje de advertencia nos ha llegado con bastante retraso. Deben tener una emisora que lo retransmite con una frecuencia regular, con el fin de que pueda ser captado por todas las astronaves, próximas o lejanas.

Lena se aproximó entonces al joven.

—Comandante —dijo—, ¿cree usted que nos atacarán?

—No tendría nada de particular —repuso él—. Pero, si nos atacan, se encontrarán con una dura respuesta. No saben que nuestra nave, en vista del viaje que iba a emprender, está equipada con toda clase de artefactos, y que no nos faltan unos cuantos torpedos con los cuales contestar a sus...

En aquel momento, una voz interrumpió las palabras del joven. Alguien, inclinado sobre sus instrumentos, exclamó:

—¡Contacto, radar!

Dejando a Lena, Forrell se abalanzó sobre el operador que acababa de dar la alarma. Escrutó durante unos segundos la pantalla verdosa, en la cual se reflejaba un puntito amarillento, y después de un breve silencio, pidió:

—¡Dufresne! ¡Micrófono con la red general!

El radio manipuló rápidamente en el tablero del transmisor, moviendo un sin fin de palancas que provocaron otros tantos chispazos de color. Después, tomó un micrófono y lo alargó a Forrell.

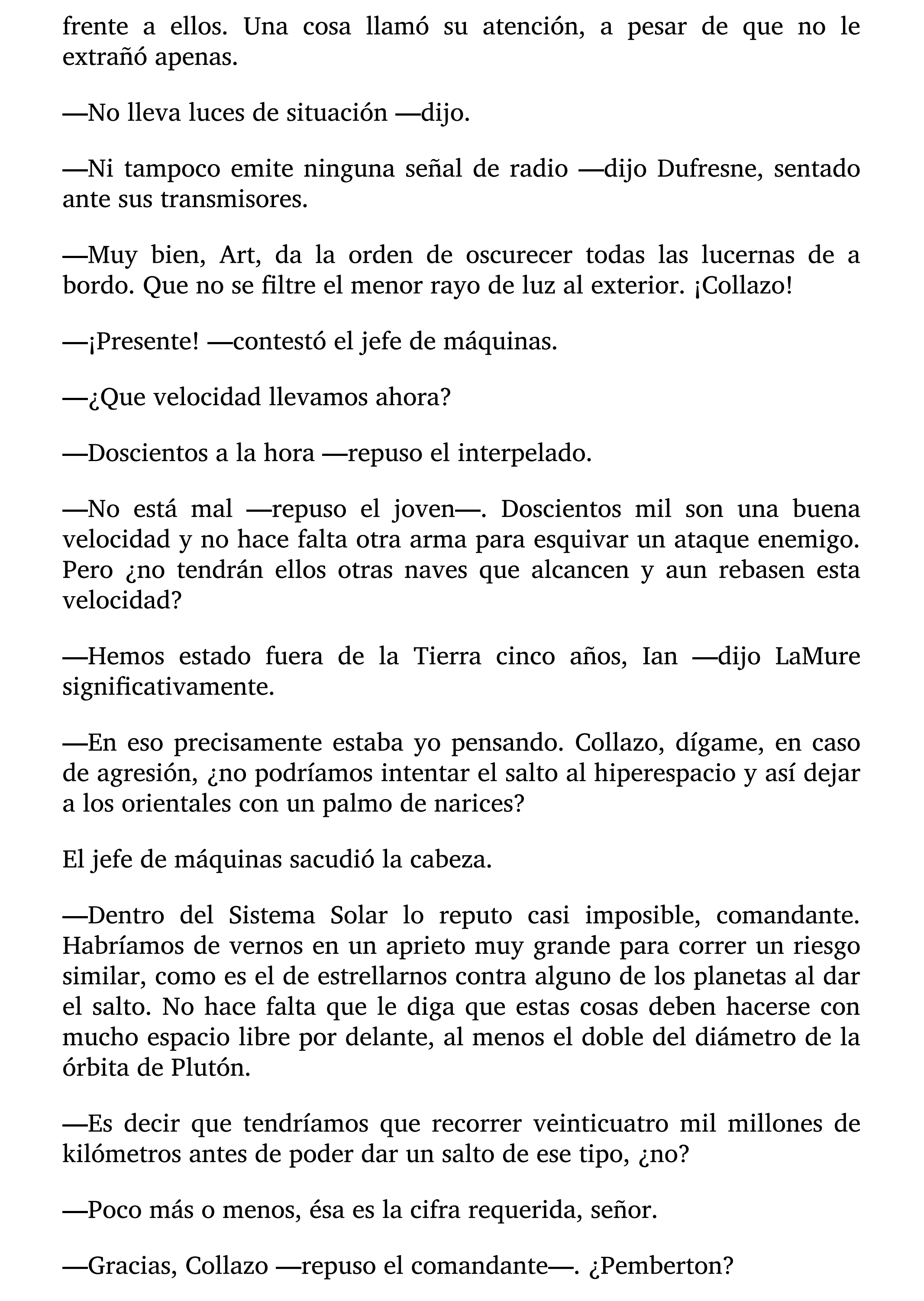
Éste lo cogió con una mano y dio una orden.

—¡Atención toda la dotación! ¡Situación de emergencia! ¡Todo el mundo a sus puestos! ¡Jefe artillero, disponga todo para contestar a un posible ataque enemigo!

Había en el puente varias pantallas televisoras, de buen tamaño, desde las cuales era posible ver lo que ocurría en los puntos más estratégicos de la nave. Con aparente desorden, pero con rápidos movimientos, todos los tripulantes corrieron a ocupar sus puestos, estableciéndose en ellos con la facilidad propia del largo entrenamiento. Uno por uno, los distintos puestos fueron dando la novedad, hasta que al fin el comandante tuvo la certeza absoluta de que la «De Soto» estaba preparada para responder con terrible eficacia a cualquier ataque enemigo.

Mientras tanto, el radar había sido conectado con el telescopio de proximidad. La imagen de un aparato, flotando en el espacio constelado de estrellas, se reflejó bien pronto en la pantalla correspondiente, divisándose con la misma claridad que si estuviera a un corto kilómetro de distancia.

Forrell estudió el aspecto de la nave, con el ceño fruncido, haciendo cálculos mentales de lo que podía ser aquel aparato que navegaba



frente a ellos. Una cosa llamó su atención, a pesar de que no le extrañó apenas.

—No lleva luces de situación —dijo.

—Ni tampoco emite ninguna señal de radio —dijo Dufresne, sentado ante sus transmisores.

—Muy bien, Art, da la orden de oscurecer todas las lucernas de a bordo. Que no se filtre el menor rayo de luz al exterior. ¡Collazo!

—¡Presente! —contestó el jefe de máquinas.

—¿Que velocidad llevamos ahora?

—Doscientos a la hora —repuso el interpelado.

—No está mal —repuso el joven—. Doscientos mil son una buena velocidad y no hace falta otra arma para esquivar un ataque enemigo. Pero ¿no tendrán ellos otras naves que alcancen y aun rebasen esta velocidad?

—Hemos estado fuera de la Tierra cinco años, Ian —dijo LaMure significativamente.

—En eso precisamente estaba yo pensando. Collazo, dígame, en caso de agresión, ¿no podríamos intentar el salto al hiperespacio y así dejar a los orientales con un palmo de narices?

El jefe de máquinas sacudió la cabeza.

—Dentro del Sistema Solar lo reputo casi imposible, comandante. Habríamos de vernos en un aprieto muy grande para correr un riesgo similar, como es el de estrellarnos contra alguno de los planetas al dar el salto. No hace falta que le diga que estas cosas deben hacerse con mucho espacio libre por delante, al menos el doble del diámetro de la órbita de Plutón.

—Es decir que tendríamos que recorrer veinticuatro mil millones de kilómetros antes de poder dar un salto de ese tipo, ¿no?

—Poco más o menos, ésa es la cifra requerida, señor.

—Gracias, Collazo —repuso el comandante—. ¿Pemberton?

—¿Señor?

—Vea cómo van nuestras órbitas respectivas. ¡Dufresne!

—¿Sí, comandante?

—¿Ha intentado entablar contacto radial con esa nave?

—Lo siento, señor —contestó el interpelado—, pero no contestan a mis llamadas.

Forrell se mordió los labios y luego, en silencio, volvió a estudiar las imágenes reflejadas en las pantallas. Las dos naves se aproximaban, pero la distancia era demasiado grande para que el movimiento se notara a simple vista. Y Forrell no podía pedir más velocidad, pues un aparato como el suyo no podía maniobrar con facilidad. La aceleración y el frenado requerían largas horas y un exorbitante consumo de energía, cosa que, si en otras circunstancias se había arriesgado a emplear, ahora, por pura y natural precaución, no podía hacer, pensando sobre todo en el futuro, cuyo final no veía nada claro el joven.

Pemberton, el navegante jefe, vino con una carpeta en la mano, en la cual había, sujetos con un clip, varios papeles. Dijo:

—Los cálculos demuestran que, dentro de tres horas y veintisiete minutos, despreciando los segundos, habremos entablado contacto directo con ese aparato. Nuestras órbitas son casi paralelas y no será menester efectuar ninguna corrección de rumbo, porque durante casi sesenta minutos, las posiciones respectivas apenas variarán.

—Es decir, que la distancia intermedia…

—Será de unos dos kilómetros y doscientos metros, comandante. Esto, en el punto máximo de la proximidad de ambas órbitas. Luego, nos alejaremos y…

—Gracias, Pemberton —repuso el joven, meditabundo—. Ya decidiré acerca de lo que he de hacer.

De nuevo volvió el joven a estudiar las pantallas. Era cierto que los dos aparatos se iban aproximando, pero Forrell se mostraba muy extrañado de que el otro no hubiera efectuado, hasta el momento presente, ninguna demostración, tanto amistosa como hostil. Aun siendo enorme la distancia que todavía les separaba, era obvio, pues estaba a la vista que ya podía haberles sido disparado algún torpedo de cabeza nuclear. ¿Por qué, pues, no lo había hecho?

* * *

Tuvo la explicación un poco antes de la hora prefijada por el navegante jefe. La imagen recogida por el telescopio dio como resultado una nave comercial, de casco fino y ahusado, tipo rápido, pero con un enorme boquete en el lado de estribor, precisamente frente a ellos.

Eran claramente perceptibles los retorcidos desgarrones de las planchas metálicas de la astronave. Conociendo el tipo de la misma, esto era suficiente para saber que una explosión como aquella debía haber matado a todos sus tripulantes, aun a aquellos que no hubieran sido alcanzados directamente por la onda expansiva. Rota la estanqueidad del aparato, el vacío se había producido en su interior y todos aquellos que no murieron en el primer instante, no habrían tardado muchos segundos en fallecer, asfixiados y congelados por la súbita falta de aire y la feroz baja de temperatura.

Forrell no tardó mucho en tomar una decisión.

—¡Art, que se prepare una patrulla de desembarco! ¡Vamos a explorar la nave!

—Muy bien —repuso el segundo—. ¿A quién designo para el mando?

—A nadie. Yo iré a su frente —contestó Forrell con firme resolución.

—¿Cómo? ¿Tú? Eres el comandante de la nave, recuérdalo.

—Ya lo sé; pero no me gusta hacer correr a nadie un riesgo que yo no pueda arrostrar. Esto hubiera podido hacerlo durante nuestro viaje por las estrellas, y en la mayoría de las ocasiones así fue. Pero ahora estamos ya dentro de los límites de nuestro Sistema y, si algo me ocurriera a mí, tú estás tan capacitado como yo para llevar la nave a buen puerto.

LaMure inclinó la cabeza.

—Muy bien —repuso—; tú eres el jefe. Lo dispondré todo para que puedas salir dentro de unos minutos.

Media hora mas tarde, Forrell, con el teniente Thellers y seis soldados y especialistas, todos ellos equipados convenientemente, se hallaban junto a una esclusa, aguardando se vaciara el aire para poder pasar a

su interior. Un maquinista contemplaba los indicadores de presión, con la mano puesta en el botón de arranque, que haría mover la pesada compuerta con la mayor facilidad y en absoluto silencio.

De pronto, Forrell notó que alguien le tiraba de la casi rígida manga del traje. Volvió lentamente la cabeza, pues, aun con media gravedad la escafandra era muy pesada y a través del grueso cristal azulado contempló el ansioso rostro de Lena.

La muchacha tomó el micrófono portátil que Forrell llevaba pendiente del pecho para casos similares. Dijo:

—¡Buena suerte, comandante! Y no se entretenga mucho ahí afuera.

Forrell sonrió.

—Procuraré atender sus deseos, Lena. Gracias por preocuparse de mí…, pero me permito recordarle que el estado de emergencia no ha cesado todavía y que usted no está en su puesto.

La joven enrojeció.

—Ya puede usted figurarse por qué lo he abandonado, ¿no?

—¿Por qué… o por quién, Lena? —dijo él maliciosamente.

Pero ella no pudo dar ninguna respuesta. El mecánico exclamó:

—¡Abierta la compuerta, señor!

Forrell hizo un gesto amistoso con la mano, saludando a la joven, y luego pasó a la esclusa.

Una vez en el espacio, puso en funcionamiento el reactor individual que llevaba pendiente de la espalda y ordenó su marcha hacia la nave, que se hallaba a unos tres kilómetros de distancia. La velocidad no era muy elevada, por lo cual tardaron casi diez minutos en recorrerla, y a punto de alcanzarla, Forrell varió el rumbo ligeramente, para enfilar el enorme boquete que la explosión del torpedo había abierto en el casco del aparato.

Al llegar allí, cortó el gas, invirtiendo luego los chorros y soltando un par de descargas para reducir a cero su velocidad. Una vez se hubo detenido, puso los pies en el destrozado suelo de la nave, caminando con infinito cuidado para no salir despedido hasta el techo, como consecuencia de la falta de una gravedad artificial que había

producido la paralización total de la maquinaria de a bordo.

Alumbrándose con lámparas portátiles, atravesaron aquel espacio, convertido en un amasijo de hierros, semifundidos unos por el terrible calor de la explosión, otros desgarrados como si en vez de estar hechos de acero al titanio hubieran sido de simple papel de seda. Un tercio de la nave estaba destruido, y lo extraño era que no hubiera sido partida en dos trozos por aquella terrorífica explosión atómica.

El lugar en que se hallaban era la parte alta de una bodega de carga. Pero apenas si quedaban restos de las cosas que la nave había transportado. Todo había sido volatilizado o destruido por el estallido, y Forrell observó que incluso habían cedido los mamparos aislantes.

—Esto quiere decir —murmuró para sí—, que los tripulantes tuvieron tiempo de prevenir el ataque.

—Pero de nada les sirvió, señor —observó Thellers, a su lado, hablándole por el transmisor—. Fíjese en eso, comandante.

Forrell sintió al instante que una abundante transpiración le corría por el rostro. La mano del teniente señalaba hacia un punto situado en el interior del artefacto, en tanto que varias lámparas, uniendo sus focos, iluminaban aquel punto.

El joven se estremeció. Docenas de cuerpos yacían en trágicas posturas, todos ellos con horrendas muecas congeladas en sus rostros, indicadoras de los espantosos sufrimientos por los que, en el corto espacio de media docena de segundos, habían tenido que pasar antes de morir. Rostros amoratados por el terrible frío del espacio, ojos fuera de sus órbitas, saltados por la brutal descomposición que causaba una repentina ausencia de atmósfera; dedos engarfados, agarrotados en un último y desesperado esfuerzo hecho para buscar una imposible salvación, tal fue el espeluznante espectáculo que se presentó ante sus ojos. Y, al verlo, Forrell comprendió que era inútil seguir la búsqueda, porque aquel aparato era un ataúd volante, un derrelicto espacial, que continuaría volando durante una eternidad, hasta que se apoderase de él la atracción de un astro y se estrellase contra su superficie.

De pronto, cuando apenas habían tenido tiempo de echar una ojeada al interior de la nave destruida, una voz sonó en los micrófonos de cada uno de los miembros de la patrulla.

—¡Comandante, regrese inmediatamente a bordo de la «De Soto»! ¡Nuestros detectores acaban de captar en las pantallas la imagen de

unos aparatos sospechosos! ¡Pronto, se lo rogamos!

CAPÍTULO VIII

Muy mal lo estaba pasando Hyavor, sin que encontrara la forma de solucionarlo.

Intensos dolores recorrían continuamente cada fragmento de su ser, sin que, por más esfuerzos que hiciera, consiguiera verse libre de ellos. Continuamente se estaba dilatando y contrayendo, tratando de evitar así los sufrimientos que le atenazaban, pero no había manera de evitar aquello. El padecimiento era incesante, y ni siquiera el recuerdo de que, en los últimos días, había comido más que en cinco siglos, ni siquiera el pensamiento de que, a poco que pudiera, se escaparía de allí y volvería a alimentarse de nuevo, abundantemente, le servían para atenuar los atroces dolores que aquellas ininterrumpidas conversaciones a través de las ondas de radio le causaban.

Con sus millones de ojos, que eran todas y cada una de las partículas de su gaseoso cuerpo, contempló con odio infinito a los hombres que, en completa seguridad, estaban al otro lado de su jaula transparente, anhelando ahora matarlos, no por el hecho de que cortar sus vidas le significaba más alimento, sino porque los consideraba como unos enemigos a quienes había que destruir. Pero también sabía que su cárcel estaba ahora bien construida para intentar soñar en una más que problemática escapatoria, por lo que, después de largos y exhaustivos esfuerzos, cesó todo movimiento, acurrucándose en un rincón, en una bola de unos dos metros de diámetro, en cuya superficie apenas si se veía algún espasmódico movimiento, producido con independencia de su voluntad.

Hyavor decidió dejar pasar el tiempo. Mientras tanto, al recibir el alarmante mensaje emitido por el puente de mando de la cosmonave, Forrell y sus hombres habían abandonado el aparato destruido, encaminándose a toda velocidad hacia la «De Soto», a la que llegaron al cabo de dos o tres minutos. Se zambulleron en la esclusa de acceso, y en breve tiempo estuvieron ya en seguridad dentro de la nave.

En tanto se despojaba del traje espacial, Forrell vio en torno a él rostros contraídos, serios, indicadores todos ellos de la gravedad de la situación en que se hallaban. No hizo el menor comentario; por el

contrario, apresuró sus movimientos con el fin de despojarse cuanto antes de aquellos embarazosos ropajes.

Súbitamente, un intenso relámpago llegó hasta sus ojos.

El fogonazo no causó ningún daño a sus pupilas, pero le extrañó. Tomó el micrófono y llamó al puente.

—Art, ¿qué ha sido eso?

—Un torpedo enemigo, Ian. Destruyó lo que quedaba de la nave atacada —contestó el segundo.

Forrell terminó de salir de su traje y se agarró a la primera correa transportadora que encontró al paso. Se desplazó así durante treinta segundos, al cabo de los cuales se metió en la plataforma de un ascensor que le llevó tres pisos más arriba en un santiamén. De allí saltó al puente, tomando la dirección de la nave inmediatamente.

—Vamos a ver —exclamó—, ¿dónde están esas naves?

Pemberton, el navegante jefe, le señaló su posición en el mapa de cercanías. Forrell arrugó el gesto, pero enseguida tomó una determinación.

Se acercó el micrófono a los labios.

—A todas las cámaras de torpedos —ordenó—. Estén listos para hacer fuego apenas se les ordene. Cada una de ellas deberá disponer dos torpedos conectados, para ser disparados directamente desde el puente.

Los acuses de recibo llegaron casi al momento. Forrell estudió el mapa, y luego se hizo traer un disparador automático, de modo que él mismo, según las condiciones, pudiera responder al ataque enemigo desde el puente, independientemente de las acciones de sus artilleros. En total, disponía de ocho torpedos, que podía emplear según las circunstancias de la lucha.

—¿Piensas entablar combate, Ian? —preguntó Art.

—No, si no me obligan. Me gustaría huir, aun corriendo el riesgo de ser tachado de cobarde. Hemos aprendido demasiado en este viaje y adquirido demasiadas experiencias para derrocharlas estúpidamente en una lucha de resultado incierto por un honor, que, de momento, considero bien discutible.

LaMure asintió, pues las palabras del joven no podían ser más sensatas. Después dispuso lo necesario para que todos los puntos vitales de la nave estuvieran en contacto sonoro y visual con el puente, en donde los oficiales y navegantes de guardia estaban atareadísimos cada uno con su misión.

Dufresne levantó de pronto la cabeza.

—¡Comandante! —exclamó.

—¿Qué hay, Dufresne?

—Acabo de tomar contacto con el enemigo. Su comandante pide hablar con usted.

—Está bien; pásame aquí la comunicación.

Una pequeña pantalla, que el joven tenía frente a sí, se iluminó al instante. El vidrio fue recorrido por una serie de bandas multicolores, que luego se fueron definiendo en un rostro de amarillo color, pómulos pronunciados y ojos oblicuos. Un largo bigote, de caídas y puntiagudas guías y una afilada perilla completaban la decoración de aquel rostro, cuyos oscuros ojos brillaban con perversa expresión.

—Comandante Forrell —dijo el amarillo, con un acento que no podía disimular su procedencia—, sabemos quién es, de dónde viene y a dónde va y, para evitarle mayores males a usted y a su tripulación, le rogamos entregue su nave. Garantizamos su vida y la de todos sus hombres, prometiéndoles solemnemente no causarles el menor daño.

El joven pensó en los incalculables secretos que encerraba la «De Soto», secretos codiciadísimos para los orientales, y de los cuales éstos se apoderarían si él obedeciera la intimación, y no dudó un momento en dar su respuesta.

—Escuche usted, quien quiera que sea y como se llame…

—Soy el almirante Luther Shing —contestó el amarillo—; de la Armada Estelar de la Federación Oriental, comandante Forrell.

—No puedo decir que sea un placer para mí conocerle, almirante Shing —replicó Forrell—, cuando menos en estas condiciones. Me gustaría hacerle notar el hecho de que somos una nave de investigación científica, no de guerra, y que violan ustedes todos los tratados establecidos al intimarnos a la rendición.

—Lo sabemos, comandante. Pero ello no varía un ápice cuanto acabo de decirle.

—¿Puedo saber, almirante, qué es lo que nos ocurriría sí resistiéramos?

—Puede —sonrió untuosamente Shing—. Creo que hace unos momentos estuvieron examinando una nave occidental, ¿verdad?

Forrell apretó los labios.

—Están ustedes muy bien informados de nuestros movimientos, almirante —dijo.

—Por supuesto, comandante. También sabemos que su nave ha sido la primera en viajar hasta las estrellas, y regresar, lo cual constituye una hazaña científica sin precedentes, por la cual le felicito muy sinceramente. Pero también me veo obligado a rogarle que se entregue. Su aparato es muy valioso y sería una verdadera lástima tener que destruirlo.

—Todavía está intacto, almirante Shing. Y, aunque mis palabras le defrauden, sepa que no pienso entregarme, a menos que reciba una orden directa de la Comisión que dispuso nuestro viaje. Tome esto como mi respuesta definitiva, se lo ruego.

Un chispazo de cólera apareció en los ojos del amarillo. En tanto que éste hablaba de nuevo, Forrell, sentado ante la mesa en donde tenía las pantallas, tomó un lápiz y escribió:

«Art, que el jefe de máquinas acelere al máximo. Pemberton, haga describir a la nave un viraje de 180º».

Arrancó la hoja del bloc y se la pasó a su segundo. Shing decía entonces:

—Comandante Forrell, es un usted un terco y un obstinado. Quiere destruir una nave que no tiene precio hoy día, sin contar con mil vidas que tiene a bordo, y todo ello por intentar llegar a ser un héroe. Le suplico medite mi proposición antes de hacer nada definitivo.

En las entrañas de la nave los motores bramaron, enviando torrentes de energía a los propulsores. Pemberton, el navegante jefe, empezó a disponer lo necesario para la virada, la cual, dada la elevadísima velocidad a que viajaban, debía ser forzosamente hecha en un radio de colosal amplitud, de varios miles de kilómetros, con objeto de evitar

los desastrosos efectos de una fuerza centrífuga sobre hombres y maquinaria.

Shing había terminado su perorata.

Forrell habló por última vez.

—Almirante Shing, le he dado hace unos momentos mi respuesta. Creo que no por muchas amenazas va a hacer variar mi posición. Posiblemente, sus naves están construidas especialmente para la guerra. La mía no, por supuesto, pero tampoco carecemos de medios con los cuales defendernos. Y los emplearemos sin vacilar un segundo, si ustedes nos atacan. ¡Adiós, señor!

El joven golpeó el conmutador, y la imagen del amarillo se esfumó en la pantalla, no sin que sus ojos captaran, en un breve segundo, la expresión de rabia que había aparecido en el rostro de Shing.

Alguien palmeó sus espaldas.

—¡Bravo, Ian! —dijo LaMure, el segundo—. Le has dado a ese chinango lo que merecía.

El joven se pasó la mano por el rostro.

—No sé si habré acertado —murmuró—. A fin de cuentas, Shing no deja de tener cierta razón.

—¿Razón... en qué? —preguntó extrañado LaMure.

—No es la nave ni los aparatos que ésta contiene. A fin de cuentas, podemos construir otra nueva. Pero son mil personas las que tenemos a bordo y...

Una voz, tirante, cortó sus palabras.

—¡Torpedo, señor!

Forrell reaccionó al instante.

—¡Fije su trayectoria en la pantalla, jefe artillero!

—Al momento, señor.

Otra pantalla, mayor que la de comunicación, se iluminó al instante frente al joven. Los ojos de Forrell captaron al instante la traza de un puntito luminoso que recorría el vidrio deslustrado, con grandísima

rapidez.

—¡Pantalla de telescopio! —pidió.

El cielo se le apareció de pronto, como si hubieran abierto una ventana frente a él. Millones de puntitos luminosos brillaron quietos, estáticos, inconfundibles por completo con el que recorría la pantalla con vertiginosa velocidad, y que, por la persistencia de las imágenes en la retina, parecía un trazo continuo de fuego.

El objetivo del telescopio estaba centrado sobre el proyectil que, devorando el espacio, se dirigía rectamente hacia la nave. Forrell estudió unos segundos el rumbo y luego tomó el micrófono.

—¡Cámara de torpedos número dos! ¡Dispongan un proyectil interceptor!

A través del micrófono le llegaron claramente los pequeños ruiditos que se producían en la cámara de torpedos. Su jefe no tardó mucho en contestar:

—¡Torpedo interceptor listo, comandante!

Forrell aguardó aún unos segundos más, con los ojos fijos en aquella raya de fuego que surcaba la negrura de la noche espacial, aumentando de tamaño a cada instante que transcurría. Al fin, y debido a la aproximación natural que proporcionaba el objetivo telescópico, pareció que estaba a punto de estrellarse contra la nave.

Dio la orden sin vacilar:

—¡Fuego!

—¡Fuego!

No se sintió a bordo de la «De Soto» el menor estremecimiento. El torpedo partió, dejando tras sí una estela de fuego, yendo directamente al encuentro del otro que avanzaba hacia la nave.

Lo encontró a unos diez kilómetros de distancia, donde no eran de temer los efectos de la explosión. Ésta se produjo con un deslumbrador fogonazo, que empezó con un tono blanquísimo, cegador, recorriendo acto seguido todos los colores del espectro hasta desgarrarse en el violeta y de aquí a la oscuridad nuevamente.

—¡Lo consiguió! —exclamó LaMure jubilosamente.

Pero Forrell no participaba de la alegría de su segundo.

—Por ahora sí, Art. Pero ten en cuenta que ellos tienen varias naves, todas ellas equipadas para la guerra, y es de suponer que estén mejor provistos que nosotros de municiones. ¡Ah, ahí viene otro!

El segundo torpedo fue hecho estallar lo mismo que el primero, pero un tercero, disparado desde un ángulo por completo inesperado, consiguió franquear todas las defensas de la cosmonave, y sólo fue casi en el último segundo que un proyectil de los de reserva, lanzado por el propio Forrell, consiguió hacerlo estallar.

Sin embargo, la explosión había ocurrido demasiado cerca, y la onda de concusión sacudió el aparato, haciéndolo vibrar sordamente. Forrell se estremeció al pensar en lo que hubiera podido ocurrir, si el estallido, en lugar de producirle en el vacío, hubiera tenido lugar en un punto dotado de atmósfera, la cual hubiera multiplicado enormemente la potencia de la explosión. Pero desechó tales pensamientos, entregándose por completo al mando y dirección de la nave.

Mientras tanto, la «De Soto» había continuado aumentando su velocidad, al mismo tiempo que empezaba a describir su viraje en el cielo. Forrell no podía calcular el tiempo que iba a durar el combate, y trataba de ganar el exterior del sistema, rebasando la órbita de Plutón, para, una vez fuera de ella, ejecutar el salto hiperespacial que le pondría automáticamente fuera del alcance de las naves orientales. Correría el riesgo de efectuar la maniobra demasiado cerca, pero en cinco años había adquirido ya demasiada experiencia para no esperar ventajas razonables de su intentona.

Bruscamente, los timbres de alarma rechinaron por todos los rincones de la nave. Forrell se estremeció; conocía lo que ocurría.

Era el detector de proximidad. Graduó la pantalla visora y al instante apareció en ella la negra sombra de una nave enemiga, que se les había aparecido a cortísima distancia, tanto que casi parecía que iban a chocar la una con la otra.

El dedo índice de Forrell pulsó el disparador automático, enviando un torpedo al espacio. Los otros también les habían visto, largándoles otro, y los dos proyectiles se encontrarían, deshaciéndose en una fulgurante llamarada de luces multicolores.

Pero un segundo después de haber lanzado su torpedo, Forrell soltó otro. Éste alcanzó el blanco deseado.

Un gigantesco chispazo de luz, enorme, colosal, superior infinitamente a todos los ya vistos, iluminó aquel rincón del espacio con la misma luz que hubiera producido un sol recién nacido en aquel punto.

—¡Blanco! —gritó LaMure, y sus palabras, pronunciadas al lado del micrófono que tenía Forrell, se esparcieron por toda la nave, promoviendo el consiguiente alborozo.

Sin embargo, el joven comandante era el único que no estaba alegre. Es que sabía que, a pesar de la ventaja aparentemente lograda, se hallaba aún en franca desventaja, puesto que sus enemigos podían permitirse el lujo de perder varias naves… y de encargarse de aceptar su rendición.

Tomó el micrófono, seleccionando una línea privada. Llamó al jefe de máquinas.

—Collazo, dele más velocidad al aparato, por el amor de Dios —rogó.

—Estoy haciendo todo lo que puedo, comandante. Hemos alcanzado ya los trescientos mil a la hora, pero no podemos, usted lo sabe bien, rebasar esa velocidad mucho más.

—Pero es superior a la de las otras naves —objetó el joven.

—Debiera serlo, comandante —y al oír estas palabras, la frente de Forrell se cubrió de un frío sudor, al mismo tiempo que se felicitaba a sí mismo por haber aislado el diálogo del resto de la dotación.

—¿Quiere decir que…?

—Exactamente, señor. Esas naves son, por lo menos, tan rápidas como la nuestra, y veo muy difícil, por no decir imposible, que consigamos despegarnos de ellas.

Forrell vaciló un segundo. Enseguida tomó su determinación.

—Collazo, si eso que usted me dice es cierto, no tendremos más remedio que hacer una cosa, desafiando todos los riesgos que esto entraña.

El ingeniero jefe comprendió lo que el joven quería decirle.

—¿Un salto hiperespacial, señor?

—Justamente.

Hubo una breve pausa de silencio, durante la cual Forrell se imaginó fácilmente la expresión que debía ofrecer el rostro del ingeniero. Al fin le llegó la respuesta.

—Muy bien, señor —contestó Collazo—; en las circunstancias actuales, no veo otra salida que ésta para escapar de esos sinvergüenzas. Con su permiso, empezaré a acumular energía para el salto. Si usted puede aguantar el chaparrón durante ocho minutos, le respondo de...

Las palabras de Collazo fueron bruscamente cortadas por un sonoro rugido que conmovió todas las planchas de la nave de arriba a abajo. La sacudida fue tan fuerte, que Forrell, y todos cuantos con él se hallaban en el puente, se vieron obligados a agarrarse a algo para no caer al suelo.

—¡Un impacto directo! —gritó LaMure. Forrell recobró al instante la serenidad.

—¡Collazo! —llamó.

—¡A la orden, comandante!

—¿Han resultado afectadas las máquinas?

—No, señor, salvo un generador de energía, que repararemos inmediatamente. Esto hará diferir el momento del salto, puesto que...

Forrell no escuchó ya a su ingeniero. Tenía otro comunicador al alcance de la nave y estaba llamando por él.

—¡Informen del impacto al sector correspondiente! —gritó.

La respuesta vino enseguida y cuando Forrell supo lo que había ocurrido, la sangre se le heló en las venas.

LaMure advirtió la mortal palidez que había aparecido de pronto en el rostro del joven y se alarmó.

—Ian, ¿qué ocurre?

—El torpedo enemigo ha estallado en el mamparo anterior a la cámara donde tenemos encerrado el monstruo —declaró sombríamente el joven.

CAPÍTULO IX

Estaba irritadísimo Hyavor. No sólo por el forzoso encierro a que estaba condenado, sino por los padecimientos que le acosaban por todas partes, sin darle lugar al menor reposo, fustigándole sin cesar con dolores agudísimos como jamás, ni aun en sus peores épocas, había padecido, haciéndole bramar interiormente, con unos alaridos que no podían ser percibidos por oídos corrientes al estar emitidos en unas frecuencias elevadísimas, de cientos de millares de vibraciones por segundo.

Se agitaba en el interior de su vítrea jaula, yendo de un lado para otro, con fulgurantes movimientos, en rapidísimos torbellinos que no parecían tener fin y que acabaron mareando a los dos tripulantes que Dufresne, por encargo de Forrell, había dejado en aquel lugar de guardia, armados con sendos emisores de radio, con antenas direccionales para prever cualquier frenético ataque del monstruo enloquecido, cuya agitación iba en aumento.

—Si sigue así —murmuró uno de los tripulantes—, acabaré por enfermar.

—Yo no hubiera gastado tantas contemplaciones con esta bestia asesina.

—¿Qué hubieras hecho tú, Milo?

—Largarla al espacio, encerrada en la primera caja metálica, y ésta colocada en la cabeza de un torpedo. Hubiera puesto en marcha la espoleta de relojería y, a veinte kilómetros de aquí, ¡bum!, se acabó la fiera.

—Pero el comandante no quiso —rezongó el otro.

—Cómo se nota que no lo devoró esa bestia —masculló el segundo y, viendo que los movimientos de Hyavor no cesaban, enfocó hacia él el haz de ondas—: ¡Tú, bestia humana —la increpó, como si él pudiera oírle—, párate de una vez! ¿Lo oyes? ¡Quieto o...!

En aquel momento fue cuando, descuidadas las defensas de la «De Soto» en aquel sector del espacio, estalló el torpedo a cortísima distancia de la nave, abriendo un ancho boquete en el costado metálico.

El choque de la onda explosiva no fue lo suficiente para romper el mamparo de aquella cámara, aunque llegó a abollarlo, pero, en cambio, toda la nave se tambaleó bruscamente a consecuencia del impacto y la caja de vidrio se volcó.

Al instante apareció una grieta en una de sus paredes. Era una raja de apenas un milímetro de grosor, pero suficiente, sin embargo, para los fines que Hyavor acariciaba desde el momento en que fuera encerrado.

Los miles de ojos del monstruo captaron, con sobrehumana inteligencia, la posibilidad que se le ofrecía, no sólo de escapar, sino de volver a alimentarse. Y Hyavor era un ser que no desaprovechaba jamás una ocasión como la presente.

Todavía no había reaccionado el puente a los efectos del impacto, cuando de pronto, un coro de alaridos llegó hasta ellos a través de la red microfónica.

—¡Comandante! ¡Pronto! ¡Por favor, el monstruo se está escapando! ¡Ya ha salido...! ¡Atrás, bestia! ¡Fuera, maldito! ¡Atrás te digo...!

Gruesas gotas de sudor aparecieron bruscamente en la frente del joven, pues sabía perfectamente la potencia del monstruo. Gritó:

—¡Enfoquen hacia él las antenas direccionales! ¡Chillen, aúllen todo cuanto puedan! ¡Es lo único que puede detenerle!

Pero Forrell sabía perfectamente que lo que estaba diciendo era completamente inútil. Conectó rápidamente una de las pantallas de televisión y lo que vio en el vidrio deslustrado le congeló la sangre en las venas.

La cámara estanca apareció en la pantalla.

El monstruo ya había salido totalmente de su encierro, aprovechando aquella delgadísima grieta por la que parecía imposible pudiera pasar incluso una hoja de papel de fumar. Todo su gaseoso ser se agitaba en brutales estremecimientos, y en un segundo se abalanzó sobre los dos infelices tripulantes que en vano intentaron alcanzar la puerta de salida de la cámara.

Por el contrario, sus esfuerzos dieron un resultado catastrófico. Uno de ellos había conseguido mover el pomo y hacer girar la puerta un centímetro apenas, cuando se vio envuelto por la ardiente capa del monstruo, liberando así a la cámara de su perfecta estanqueidad.

Forrell lanzó un juramento al darse cuenta del nuevo sentido que tomaba la situación.

Los atroces chillidos de los infelices tripulantes se apagaron en un santiamén cuando toda la masa de Hyavor les envolvió en ella.

—Es preciso tomar una determinación, Ian —exclamó LaMure—. Esa fiera se va a escapar y nos dominará a todos.

—Ya lo sé, pero… Haz que todo el mundo se cierre herméticamente en sus departamentos, hasta nueva orden y que no los abandonen bajo ningún concepto.

¡Buuummm…!

Un feroz estremecimiento sacudió la nave de arriba a abajo cuando, descuidadas momentáneamente sus defensas por el nuevo problema que acababa de planteárseles, un proyectil había estallado muy junto al casco. A pesar de su colosal mole, el aparato fue sacudido de arriba a abajo como si hubiera sido un débil esquife y no una gigantesca astronave de más de quinientos metros de longitud.

Todos cuantos se hallaban en el puente vacilaron y rodaron por el suelo, a efectos de la sacudida. Las luces oscilaron peligrosamente durante unos segundos, pero al fin volvió a restablecerse la energía, devolviendo la luminosidad habitual.

Forrell se incorporó, frotándose uno de los lados de la cabeza, dolorida a consecuencia de un golpe recibido. Tomó el micrófono con manos crispadas.

—¡Informe al puente de los daños causados! ¡Cámara de torpedos! ¿Están muertos o borrachos? ¿Qué hacen que no responden el fuego enemigo?

Una voz le contestó con angustiosos tonos.

—Comandante, los sectores B y D han volado por la explosión. Hemos conseguido contener el escape de aire, cerrando herméticamente los mamparos correspondientes.

Forrell se imaginó fácilmente la rápida agonía de los hombres encerrados en aquellos lugares, que no habían muerto instantáneamente. Aún tuvo tiempo de escuchar unas voces que clamaban auxilio con patéticos acentos.

—¡Comandante, ábranos! ¡Estamos encerrados aquí y el aire se escapa! ¡Por el amor de Dios!

Forrell crispó sus manos, clavándose las uñas en las palmas, hasta hacerlas sangrar. Pero no podía evitar la horrible suerte de aquellos desgraciados, condenados a la peor de las muertes: el frío y la asfixia. Podían ser cinco o cincuenta, pero aún le quedaban más de nueve centenares por cuyas vidas debía velar.

Afortunadamente para él, un nuevo incidente vino a distraer su atención.

—¡Ian! —gritó el segundo—. ¡El monstruo se escapa!

Los ojos de Forrell se clavaron en la pantalla visora, captando en toda su intensidad la imagen allí reflejada. Oyó vagamente los gritos de agonía de los desdichados que, encerrados en aquella cámara que había perdido la impermeabilidad gaseosa, clamaban desesperadamente por un auxilio que no les podía llegar. Pero la visión de la bestia huyendo de su encierro era demasiado fuerte para no absorber toda su atención.

—No hay más que un medio de dominarle —dijo, pareciéndole absurdo.

Pero dio la orden.

Al momento, todos los altoparlantes de la nave que habían resultado intactos, empezaron a emitir chillidos de todas clases, procedentes de cientos de gargantas que aullaban por medio de las ondas de radio, destinadas a aturdir al monstruo.

Era algo horrible y patético al mismo tiempo escuchar aquel infernal coro de gritos, que apagaban los de agonía de aquellos que estaban muriendo, y que formaban un atroz concierto que destrozaba los tímpanos. Alguien puso música, con lo que no logró otra cosa que aumentar la espantosa confusión que se había apoderado del interior de la nave.

A Forrell le pareció absurdo que sonase la música, alegre y detonante, cuando unos cuantos miembros de la dotación estaban agonizando, encerrados en una cámara de la cual no tenían escape posible. Pero ésta no era la mayor preocupación del joven.

Vio claramente salir al monstruo de su encierro, y pulsando unas palanquitas, cambió el objetivo. Y lo que presenció fue algo que

reputó de increíble, tan fantástico que le pareció hasta mentira, a pesar de estar viéndolo con sus propios ojos.

Con fulmínea rapidez, Hyavor se expandió por el interior de la nave, invadiendo en un par de segundos hasta sus más ocultos rincones. Naturalmente, ni Forrell ni ninguno de los que vieron aquella prodigiosa expansión lo sabían, pero el monstruo lo que hacía era tratar de huir de aquellos intolerables dolores que le causaban las continuas emisiones de radio, cosa que conseguía mediante un mayor distanciamiento entre sí de las partículas que componían su cuerpo. Extendiéndose en una longitud de más de quinientos metros y una anchura de unos cien, Hyavor consiguió atenuar notablemente sus atroces padecimientos.

Una amarillenta neblina se expandió al instante por todo el interior de la nave. El puente se vio libre de aquella amenaza, porque, en el último momento, alguien había manejado el mando de estanqueidad, cerrando herméticamente todas las puertas que daban acceso al mismo.

Pero el monstruo era claramente visible aún, pese a que su masa gaseosa permitiese ver a través de su estructura, desdibujando algo únicamente los objetos demasiado distanciados. La neblina se estabilizó, permaneciendo inmóvil en absoluto, en tanto que desaparecían de su seno aquellos puntitos luminosos que constituían una de sus principales características.

Sin embargo, el alboroto seguía. La «De Soto» volaba raudamente por el espacio, llevando en su interior una tripulación superior a los novecientos hombres, todos los cuales parecían haber enloquecido tan brusca como simultáneamente. Gritos, aullidos, interjecciones de todas clases, se mezclaban con la música que brotaba por la mayoría de los altoparlantes, en una infernal cacofonía que aturdía y mareaba los nervios más templados.

Forrell creyó volverse loco al escuchar aquella atroz algarabía, pero de pronto, Dufresne se le acercó, con un micrófono en la mano. Tuvo que hablarle a voz en cuello, pues de otra forma no había modo de entenderse.

—El almirante Shing quiere hablarle, señor —dijo el radio.

Forrell se volvió hacia la pantalla visora que enlazaba con el exterior. El rostro de su enemigo apareció al instante.

—¡Comandante Forrell! ¿Qué ocurre a bordo de su nave? ¿Es que se

han vuelto todos locos de repente?

En medio de la sombría desesperación que le embargaba, Forrell aún tuvo humor para sonreír levemente.

—¿Locos? ¿Qué es lo que le ha hecho suponer tamaña insensatez, almirante?

—Es que nos olvidamos de desconectar el micrófono exterior —le dijo al oído Dufresne.

Forrell comprendió entonces la extrañeza del oriental.

—Les hemos hecho dos impactos directos que habrían volado otra nave menos resistente que la suya, comandante Forrell —dijo Shing—, y todavía tienen el humor preciso para cantar y bailar. ¿De qué pasta están hechos ustedes?

—Poco más o menos de la misma que usted, almirante. Creo que tenía que decirme algo, ¿no?

La expresión de Shing varió totalmente.

—Demasiado lo sabe usted, comandante. Por última vez, le intimo a la rendición. Su nave es magnífica y muy rápida, pero las nuestras no lo son menos. Vamos, decídase usted de una vez.

La mano del joven se apoyó con firmeza en el interruptor.

—Mi decisión está ya tomada, almirante. Le deseo mucha suerte.

Y sin más, cortó la emisión, antes de que el tan aturdido como colérico Shing tuviera tiempo de hacerle la menor objeción.

A continuación llamó al ingeniero jefe.

—Collazo, dígame si repararon ya ese generador de energía. El momento del salto se está difiriendo demasiado.

—Lo siento, señor; hacemos lo que podemos.

—¡Torpedo a doce grados! —chilló una voz.

Forrell miró la pantalla una vez más. En el momento oportuno, su dedo índice apretó un botón y una raya de fuego zigzagueó en el espacio durante unos segundos, estabilizándose después en un trazo rectilíneo, que no tardó en desaparecer tras una fulgurante llamarada.

Pero los atacantes eran demasiados y la cosmonave no pudo evitar otro impacto directo que la sacudió brutalmente de arriba a abajo, provocando un horrísono fragor dentro del aparato. Se oyeron unos breves gritos de agonía, prontamente apagados por el escándalo que continuaba brotando por todos los megáfonos y luego todo continuó como antes.

Forrell trató de inquirir los daños sufridos por el nuevo impacto, pero en aquel momento, una mano le oprimió nerviosamente el brazo.

—¡Ian, mira!

El joven siguió con la vista la dirección que le señalaba su segundo y al instante sintió que los cabellos se le erizaban.

Una figurita, que aumentaba de tamaño a cada salto que daba acercándose a ellos, corría desesperadamente hacia el puente. Aquella persona era la única que se veía en todo el desierto ámbito interior de la nave, pues el resto de la dotación continuaba encerrada herméticamente en sus respectivos habitáculos.

La figura atravesó raudamente la amarillenta neblina que era el cuerpo tremendamente dilatado del monstruo, y se zambulló de un salto en la plataforma ascensor que debería llevarla al puente. Entonces fue cuando el corazón de Forrell se detuvo en su pecho.

—¡Es Lena! —exclamó impulsivamente.

—¿Cómo diablos...? —masculló LaMure.

—Habrá conseguido apoderarse de un traje antirradiactivo —sugirió Forrell, pero casi en el mismo instante, la joven saltaba de la plataforma y se aproximaba a una de las puertas de acceso al puente.

Los ojos de Forrell se desorbitaron al darse cuenta de que Lena no llevaba protección de ninguna clase, pues no podía considerarse como tal la corta túnica que habitualmente vestía en viaje y que apenas si le llegaba a las rodillas.

Lena se abalanzó sobre la puerta, y empezó a golpearla frenéticamente con ambos puños a la vez. Por su parte, Forrell saltó hacia adelante, dispuesto a abrir, pero antes de que pudiera llegar, el fuerte brazo de su segundo le sujetó el suyo con férrea presa.

—¡Ian! —exclamó LaMure—. ¿Te olvidas de que el monstruo sólo espera una ocasión propicia para asaltar el puente?

El joven detuvo en seco su impulso, quedando tan sólo a medio metro del cristal, al otro lado del cual se veía el desencajado rostro de la muchacha, gritando algo que resultaba perfectamente inaudible para ellos. La cara de Lena aparecía vagamente difuminada, sumida en aquella purulenta neblina y sus puños no cesaban de golpear el vidrio.

Forrell se colocó al lado de la puerta. Por señas le indicó el monstruo que había en el exterior y, aun doliéndole el abandono en que dejaba a la joven, hubo de pensar primeramente en las dos docenas de hombres que tenía a sus espaldas y que, casi en su totalidad, componían el cerebro de la cosmonave. Lena comprendió lo que Forrell quería decirle y trató de contestar, también con un lenguaje mímico. Se volvió y extendió sus brazos, agitándolos, de modo que todos pudieran ver claramente que no le sucedía nada, aun hallándose en el seno de aquel gas mortífero.

Forrell se pasó la mano por la frente.

—¡Cielos! Esto es para visto y no relatado. ¡No le ocurre nada!

—Yo no acabo de entenderlo —dijo LaMure, pálido y mareado—. Tendría que estar muerta y, sin embargo…

Una súbita idea brilló de repente en el cerebro del joven.

—¡Ahora lo entiendo! —exclamó—. Lena está viva porque… ¿Recordáis que cada vez que ha atacado ese monstruo gaseoso lo ha hecho en un volumen nunca superior a los ocho o diez metros cúbicos?

—Es cierto —murmuró Dufresne, quien también se había acercado a la puerta e, incrédulamente, estaba contemplando cómo la joven se paseaba, en completa impunidad por la pasarela que circundaba el puente, en medio de deshilachados jirones de amarillento vapor, haciendo ademanes que probaban la seguridad en que se hallaba.

—Pero hay que tener también en cuenta una cosa —objetó LaMure.

—¿Qué, Art? —preguntó Forrell.

—¿Te diste cuenta de que el monstruo se dilató en un segundo? Adquirió su actual volumen con una rapidez vertiginosa, llenando el interior de la nave en un tiempo increíblemente corto.

—Lo cual quiere decir que, de la misma manera, puede contraerse con la misma rapidez y devorar a Lena —murmuró Forrell con sombríos

tonos.

LaMure negó:

—No por ahora. Recuerda que todo el mundo está chillando por los micrófonos.

—Si —dijo Forrell, con la garganta irritada de tanto gritar para hacerse entender—. Eso quiere decir que las emisiones radiales le molestan mucho menos que en estado concentrado, y que solamente en tal postura es capaz de atacar.

—Perfectamente —asintió LaMure—. Luego estamos en una situación de tablas. Si nosotros callamos, la fiera se contraerá y atacará. Y mientras que sigamos emitiendo, continuará en tal estado.

—Lo que nos convendría es —terció Dufresne—, expulsarla del interior de la nave. Podríamos abrir desde aquí una de las compuertas de la esclusa más próxima y...

Los ojos de Forrell brillaron de excitación.

—¡Sí —exclamó—, es una buena idea, Dufresne! Podemos manejar la compuerta desde aquí y...

—Pero lo difícil estriba en hacer que el monstruo pierda volumen y se quede allí, donde a nosotros nos interesa.

Hubo un momento de silencio, relativo tan sólo, puesto que el alboroto continuaba en el interior de la nave, y de pronto Forrell exclamó:

—¡Ya está! ¡Ya tengo la solución!

Varios pares de ojos le miraron esperanzados. La mano del joven se tendió hacia la puerta.

—¡Ábrela, Art! —ordenó con enérgico acento.

CAPÍTULO X

La continua presencia del monstruo en el interior de la astronave, así

como la inesperada escapatoria de Lena, había hecho olvidar, a todos los presentes, el acoso de que continuaban siendo objeto por parte de las naves de la Federación Oriental. Un nuevo torpedo sacudió el aparato, pero, afortunadamente, un contraproyectil había sido disparado a tiempo y el estallido no había tenido ninguna grave consecuencia para la nave.

Los ojos de LaMure se dilataron por el asombro que le causaba la inesperada orden de su comandante. Le apreciaba mucho y le respetaba más, no habiéndole faltado nunca ni tampoco echado de menos la subordinación debida al rango de Forrell.

Pero aquello sobrepasaba todo cuanto había oído hasta entonces.

—¡Estás loco, Ian! —exclamó sin poderse contener.

—No, no lo estoy —respondió firmemente el joven—. Por el contrario: creo haber hallado el medio, el único de que disponemos, para expulsar el monstruo. Abre, Art.

LaMure apretó los labios. Por un instante, pensó en negarse, pero recapacitó y, al fin, encogiendo los hombros, hizo lo que le decía.

—¡Abran la compuerta!

La penetración de Hyavor en el puente fue instantánea, como si una mano misteriosa hubiera pintado de amarillo pálido aquel trozo de atmósfera hasta entonces incontaminado. Un mefítico hedor invadió el ambiente y varios juramentos fueron emitidos, pero no oídos gracias al continuo vocerío que salía por todos los altavoces de a bordo.

Lena se arrojó en los brazos de Forrell, sin poderse contener.

—¡Al fin! —exclamó—. ¡Gracias a Dios!

El joven miró con simpatía el lindo rostro de la muchacha, del cual no se habían borrado del todo las huellas de la ansiedad que la había devorado durante tanto tiempo.

—¿Cómo consiguió llegar incólume hasta aquí, Lena? —preguntó.

—Uno de los torpedos —reputó ella—, estalló muy cerca de la cámara donde yo me había aislado al escuchar la orden y desencajó la puerta. El gas la invadió instantáneamente... ¡Oh, fue espantoso! Por unos momentos creí que iba a ser devorada como... como... Bueno, Ian, usted lo sabe tan bien como yo. Pero no tardé en darme cuenta de que

el monstruo no atacaba, de que no podía hacerlo en tanto continuaran los gritos, y entonces, casi sin darme cuenta de lo que hacía, corrí hacia aquí... No me pasó nada, como puede ver.

—Pero puede ocurrirnos algo si continuamos mucho tiempo así —dijo LaMure con tono pesimista.

Forrell volvió entonces a la realidad de las cosas. Desasiéndose de la muchacha, exclamó:

—Art, ponme en contacto con el jefe de Alimentación. Voy a preparar la trampa para esta bestia. Vosotros quedaos aquí; no tardaré mucho en regresar. Mientras tanto, que continúe el griterío.

Dufresne movió la cabeza.

—Me parece que si salimos con bien de este fabuloso lío, los médicos se van a hinchar de curar gargantas estropeadas.

—¿Adónde va usted, comandante? —preguntó Lena, viendo que el joven se dirigía hacia el ascensor.

—Ya lo ha oído: a preparar el cebo que nos va a servir para arrojar al monstruo de la nave —contestó él.

—Yo le acompañaré —dijo la muchacha, colocándose resuelta a su lado.

Forrell iba a contestar negativamente, pero dándose cuenta que sus esfuerzos en ese sentido estaban condenados de antemano al fracaso, no quiso insistir. Pasó a la plataforma y, cuando Lena estuvo a su lado, movió la palanca de descenso.

Estaban a mitad del viaje cuando bruscamente un horrísono estampido sacudió la nave de arriba a abajo. El impacto fue tan terrible que la pareja, sin poderlo evitar, fue proyectada al exterior desde una altura de seis o siete metros.

Afortunadamente para ellos, la media gravedad que reinaba en el interior de la nave amortiguó no poco los efectos de la caída que, en otras condiciones, hubiera podido tener desastrosos efectos. Aun así, el golpe fue más que regular, y Forrell, frotándose una de sus caderas, ayudó a levantarse a la muchacha, la cual se mordía los labios para no gritar a consecuencia del dolor que le causaba un golpe análogo.

Desde el suelo, Forrell vio a LaMure inclinado ansiosamente sobre el

parapeto.

—¡No ha sido nada! —le gritó—. Procura devolver los torpedos.

El escándalo continuaba con distintas alternativas, que probaban que la fatiga empezaba a apoderarse de los tripulantes. Forrell se dijo que debía obrar rápidamente y, tomando de la mano a Lena, echó a correr.

Tuvieron que ir a pie, puesto que uno de los impactos había averiado el generador de la energía de transporte interior y las cintas deslizantes no funcionaban. Al llegar al pañol de víveres vieron allí a su encargado, sudando a causa del pánico que le había acometido al verse sumido dentro de la amarillenta niebla que era el monstruo.

Forrell le palmeó los hombros.

—¡Ánimo, Curley! —dijo—. Dentro de unos momentos nos habremos librado de esta bestia.

—¡Dios le oiga, comandante! —dijo el aludido con todo fervor—. Después de todo lo ocurrido no sé si tendré ánimos para...

—Ábrame, Curley —cortó el joven—. Necesito uno de sus preciosos animales.

—¿Otro cordero, comandante? —se lamentó el jefe de Alimentación.

Forrell sonrió:

—¡Qué listo es usted, Curley! Sí, eso es lo que quiero. Y pronto, por favor.

Curley abrió el portón que conducía al establo de a bordo, en donde había una cincuentena de animales, los cuales sólo se asaban en casos extremos, especialmente para enfermos o agotados por el largo encierro, y que estaban instalados allí en las condiciones precisas para soportar un viaje de tan larga duración. El monstruo se coló allí instantáneamente, pero no ocurrió nada de particular.

Entre los dos hombres echaron mano a uno de los corderos, el cual baló desesperadamente, como si presintiera el triste fin que le aguardaba. Cuando hubieron salido, Curley hizo funcionar el mecanismo de cierre.

Pero entonces sucedió algo inesperado y que estuvo a punto de hacer variar sus planes. Hyavor redujo instantáneamente su volumen,

acomodándolo al del establo, pues había visto comida en abundancia, quizá como nunca, y su formidable apetito se despertó con más furia que nunca.

Todo el velo amarillo desapareció en un instante ante la vista de las tres personas cuando el monstruo se introdujo en el establo. Forrell se dio cuenta de la magnífica oportunidad que se les ofrecía y gritó:

—¡Pronto, Curley! ¡Cierre rápido!

El jefe de Alimentación intentó empujar la puerta, sin resultado, porque ésta se movía únicamente con el ritmo que le marcaba el mecanismo automático de cierre y apertura. Era un movimiento bastante rápido, pero no lo suficiente para la fulgurante velocidad con que el monstruo podía dilatarse y contraerse a su antojo.

Y al introducirse en el establo, los dolores de Hyavor, notablemente reducidos al haberse expansionado de tal modo que había ocupado por entero el interior de la nave, se reprodujeron de un modo terrible, agónico. Hyavor supo que, si se quedaba allí, tendría alimento suficiente para sobrevivir unos cuantos siglos más, pero también que no podría llegar a devorar todos aquellos animales porque antes los dolores habrían acabado con él.

En consecuencia, obró de la única manera que cabía hacer en aquellos instantes: dilatándose de nuevo y desalojando el espacio que por un segundo había ocupado, de modo que en otro lapso de tiempo igual recobró su anterior apariencia.

Forrell no se pudo contener.

—¡Maldición! —gruñó—. Hemos perdido una magnífica oportunidad.

—Todavía nos queda el cordero —dijo Lena.

—Vayamos hacia la esclusa —asintió Forrell, dándose cuenta de que Curley, incapaz de soportar aquello por más tiempo, había echado a correr.

El joven, con el animal en brazos, caminó hacia la esclusa que se hallaba más cercana, cuyo mando de apertura hizo funcionar. Arrojó el cordero dentro, volviendo a manipular en el mecanismo, pero interrumpiendo el cierre cuando sólo hubo quedado una estrecha hendidura, lo suficiente para que el cebo no pudiera escapar.

Hecho esto, la pareja regresó al puente a todo correr, no sin rodar una

vez más por el suelo cuando otro torpedo estalló contra los flancos de la nave. Recuperados de la caída, continuaron su camino, teniendo que subir los tres pisos a pie, pues el ascensor se había averiado con el anterior impacto.

Jadeando, llegaron arriba. Forrell exclamó:

—¡Bueno, ya está listo!

—¿Qué es lo que piensas hacer ahora, Ian? —preguntó LaMure.

—Lo primero: todos cuantos estamos aquí debemos proveernos de transmisores portátiles con antenas direccionales. Una vez que hayamos hecho esto, cesará el griterío.

—Entiendo —asintió LaMure—. Pero me creo en la obligación de advertirte que estamos en un grave peligro.

—Ya sé que te refieres al hecho de que el monstruo puede atacarnos a nosotros. Pero armados con los transmisores lo haremos retroceder hacia la esclusa, donde he dejado el cebo. Anda, deprisa, Art; Dufresne te ayudará también.

En pocos momentos todos los que estaban allí se habían provisto de su correspondiente transmisor. Con el suyo en la mano izquierda, Forrell, muy pálido pero decididamente resuelto, tomó el micrófono que conectaba con la red general.

—No es preciso que hablen fuerte —dijo a los tripulantes que estaban allí—; con que murmuren algo en voz baja, de tal modo que haya emisión de ondas de radio, es suficiente. Háganlo cuando se restablezca el silencio.

El murmullo de dos docenas de bocas hablando por sus respectivos transmisores fue un enorme alivio, comparado con el fenomenal estrépito que había reinado hasta entonces. Un gran remolino de color amarillento se agitó ante sus ojos, y por unos instantes, que fueron de una agonía que pareció no tener término, Forrell creyó que el monstruo se iba a arrojar contra ellos.

Pero las ondas de radio le hicieron retroceder, expulsándolo del ámbito del puente. Y apenas LaMure se hubo percatado de que aquel lugar estaba limpio de la hedionda presencia del monstruo saltó hacia la puerta, cerrándola con seco golpe.

Una exclamación de unánime alivio brotó de todos los labios. Forrell

se secó la frente, totalmente empapada de sudor, al mismo tiempo que daba una orden.

—¡Silencio todo el mundo, por favor!

Todos los sonidos desaparecieron instantáneamente de la nave. Y Hyavor, por su parte, sin entender lo que ocurría, advirtió que sus dolores se habían esfumado casi totalmente, quedando únicamente algunas ondas transmitidas por los motores de la nave, que no le afectaban grandemente.

Hyavor tanteó el espacio, hallando comida. Era un ser terriblemente voraz, cuyo apetito no se veía nunca saciado, y así, ignorando que se le tendía una trampa, se arrojó sobre el infeliz corderillo.

—¡La compuerta, vivo! —gritó Forrell, y LaMure, desde el puente, manejó el mando de control remoto, que cerró la pesada puerta de acceso al exterior.

Todas las esclusas estaban dotadas de objetivo televisor, de modo que desde aquel lugar pudieron contemplar, una vez más, el aterrador y fascinante espectáculo que suponía el monstruo devorando a una de sus víctimas. En contados segundos el cordero fue borrado de la vista de todos, y sólo quedó en la esclusa una masa de gas amarillento, ahora muy espesa, que se agitaba frenéticamente, tratando de hallar una salida.

—Nosotros te la proporcionaremos —dijo LaMure con concentrados acentos de odio y, sin preocuparse de vaciar el aire, abrió la compuerta exterior automática.

El gas se disipó casi instantáneamente, y en aquel mismo momento les pareció a todos haberse librado de la más espantosa de las pesadillas. Ya no tendrían nada que temer de él. Lena, sin poderse contener, rotos los nervios, echó sus brazos al cuello del comandante.

Pero, en la euforia de su victoria, habían olvidado que, si bien habían triunfado del enemigo interior, aún quedaba otro fuera, tan encarnizado o más que el propio monstruo. Y se lo recordó un nuevo estallido que, alcanzando de lleno a la nave en la parte posterior, la lanzó brutalmente a un lado con fragoroso estrépito.

—¡Los orientales! —exclamó Forrell—. Nos habíamos olvidado de ellos.

Dufresne saltó hacia el receptor al ver encenderse la lámpara que

señalaba el contacto con el exterior. Escuchó atentamente unos segundos y luego se volvió.

—Comandante, el almirante Shing desea hablar con usted.

La respuesta del joven fue tan rápida como incisiva.

—Lo que tenga que proponerme a mí que lo haga por mediación del gobierno de la Unión Occidental. Dígaselo así, Dufres…

Pero las palabras del joven no habían sido pronunciadas en voz tan baja que no fueran recogidas y amplificadas por el micrófono.

La voz de Shing irrumpió con terrible violencia en el interior del puente.

—¡Forrell, no sea usted estúpido! ¡Está completamente cercado y no tiene la menor posibilidad de escapar! La mayoría de nuestra flota de guerra está en torno a su nave, y si usted vive todavía es porque yo quiero. O se entrega o lo hago estallar en el vacío. Definitivamente: es la última oportunidad que le ofrezco. Y tenga en cuenta que todo el tráfico interplanetario ha sido ya destruido por nosotros. En todo el espacio no hay más naves que las nuestras, ¿comprende lo que quiero decir, Forrell?

El joven meditó unos segundos. Después miró a sus subordinados, como pidiéndoles consejo.

Como la vez anterior, escribió algo en un papel que pasó a su segundo.

«Pregunta si estamos en condiciones de dar el salto estelar».

La respuesta no pudo ser más desalentadora.

«Ignoramos el tiempo que emplearemos en reparar los desperfectos», decía el mensaje remitido por Pemberton.

Forrell estrujó el papel.

—Está bien —dijo—. Me rindo, almirante. ¿Qué es lo que debo hacer?

Una bronca risita se oyó a través del altoparlante.

—¡Magnífico, comandante, magnífico! ¡No se muevan de donde están! ¡Nosotros iremos a buscarles!

La mano de la joven se apoyó bruscamente en su brazo.

—Ian —dijo, y le tuteó repentinamente—, no puedo creer en lo que acabo de oír. ¿Cómo puedes ser capaz de…?

Una extraña sonrisa apareció en los labios de Forrell.

—Tengo un plan —dijo, sin añadir una sola palabra más.

Y, colocándose las manos a la espalda, caminó lentamente hasta situarse junto a una de las lucernas.

Permaneció así unos momentos, contemplando el espacio. Luego, siempre en silencio, volvió hacia su mesa y escribió un nuevo mensaje que, sin hablar palabra, pasó al segundo.

LaMure leyó lo escrito y una ancha sonrisa distendió sus facciones. Luego, la sonrisa se transformó en una atronadora carcajada, que hizo a todo el mundo dudar de la integridad mental de LaMure, hasta que éste, alargando la mano, pasó la nota a Dufresne.

También rió el jefe de transmisiones, el cual, acto seguido, empezó a disponerlo todo. Nadie habló, nadie emitió el menor sonido, actuando todos con el mayor de los silencios, de tal modo que incluso al puente llegó el débil tronar de los poderosos motores que continuaban arrastrando la nave por el espacio.

Una hora más tarde las pantallas visoras mostraban varias astronaves abarcadas a los costados de la «De Soto». De cada una de ellas partía una patrulla de presa, dirigiéndose a las diferentes compuertas de acceso, todas las cuales fueron manejadas desde el puente.

Poco a poco los primeros ocupantes se dejaron ver en las cubiertas de la nave. Al hallarse en su interior, se despojaban de sus escafandras, y Forrell no tardó en reconocer en uno de ellos al comandante de la flota oriental.

Los asaltantes parecían desconcertados al encontrar todas las puertas herméticamente cerradas. La voz de Shing se dejó oír bruscamente, con metálicos y agresivos tonos, a través de su micrófono individual.

Gritaba:

—¡Comandante Forrell! ¿Qué es lo que ocurre? ¿Por qué no sale nadie a recibirnos?

El joven no contestó. Tenía los nervios en tensión, temiendo que la estratagema planteada pudiera fallarle. ¿Dónde estaba el monstruo? Se

habían abierto ya varias esclusas, y no se había producido la aparición tan esperada.

—¡Preséntese toda la tripulación! ¿No me oyen?

Los gritos de Shing continuaban atronando la atmósfera. De pronto el oriental calló.

Shing miró en torno a él, temiendo una trampa. Un silencio de muerte, sepulcral, reinaba en el interior de la nave. Pero él, desde el lugar en que se hallaba, podía ver los mudos rostros de los ocupantes del puente, que le contemplaban desde tres pisos de altura.

Rabioso, Shing gritó algo, y un espeso pelotón de soldados avanzó hacia ellos, decididos a apresarlos sin más contemplaciones. Lena, temerosa, se apretó contra Forrell.

Y en aquel momento el monstruo apareció de nuevo.

Hyavor había estado esperando. Escarmentado, recordando los intensos dolores padecidos anteriormente, había dominado sus intensos apetitos, aguardando solamente el momento propicio. Y éste acababa de llegar.

Un soldado lanzó un agudísimo grito al sentir en sus carnes el ardiente abrazo de la fiera. Shing se volvió, viendo a cortísima distancia un remolino de amarillo gas que se agitaba, hirviendo y burbujeando siniestramente.

Las uñas de Lena se clavaron en la carne del brazo de Forrell, pero éste, absorto, no sintió siquiera el dolor. En unos segundos, Hyavor devoró su primera presa y, al apartarse a un lado, Shing gritó.

Y todos sus soldados al presenciar el espantoso espectáculo que se ofrecía ante sus ojos. Algunos de ellos eran portadores de armas de fuego, que dispararon alocadamente, hiriéndose entre sí.

El monstruo se lanzó sobre una nueva presa. Allí tenía alimento en abundancia. ¿Dónde estaban aquellos dolores que tanto le habían maltratado?

El grito del almirante Shing quedó cortado bruscamente en su garganta cuando el fuego de Hyavor le privó del conocimiento, diez segundos antes que de la vida.

El resto de los ocupantes no necesitó más para darse a la fuga. Pero

todas las compuertas estaban cerradas y sus mandos bloqueados. Uno tras otro fueron cayendo ante el voraz apetito del monstruo, y sólo cuando Hyavor hubo terminado con todos los ocupantes, Forrell dio la orden de atacarlo nuevamente con las emisiones de radio.

Esta vez no fue necesario emplear ningún cebo: Hyavor escapó sin más, apenas sus gaseosos tentáculos hallaron abierta una de las esclusas. Se escapó al vacío y huyó, huyó de allí, espoleado por los quemantes latigazos de las ondas de radio que aún le persiguieron durante bastante rato.

Apenas desaparecido el monstruo, un súbito estremecimiento sacudió el maltrecho aparato. Las estrellas se arremolinaron, girando vertiginosamente en fugaces remolinos, como si toda la bóveda celeste hubiera sido trastornada de repente y luego el firmamento volvió a recuperar su aspecto habitual.

—¡Estamos salvados! —fue la voz que corrió gozosamente por todos los rincones de la nave. El generador de energía inutilizado había sido reparado en el momento más oportuno, y la «De Soto», efectuando una transición hiperespacial, había huido a una distancia superior a un año luz del lugar donde estaban las naves orientales.

Pasado ya el peligro, y mientras las brigadas correspondientes comenzaban la reparación de los desperfectos, Forrell pudo permitirse tomar en sus brazos a la muchacha.

—¿Y ahora... qué? —dijo ella, alzando hasta el rostro del joven sus ojos llenos de una luz misteriosa, que sólo Forrell era capaz de comprender.

—Ahora... volveremos a la Tierra. Naturalmente, lo haremos por la región opuesta al Sistema Solar, para evitar encuentros desagradables. Muchas de las escenas han sido filmadas y esto tendrá un valor enorme como prueba acusatoria contra la Federación Oriental.

—¿Y... y el monstruo, Ian?

—Será difícil que vuelva a atacar a una astronave. Siempre relacionará la presencia de una de éstas con las emisiones de radio, que tanto daño le causaban, y se abstendrá de atacarlas. Mi opinión es que huirá, emigrando a otros lugares más acogedores para él, naturalmente. De todas formas, ahora que sabemos la manera de combatirlo, no puede ser enemigo peligroso.

—Creo que ahora deberíamos hablar de nosotros dos, ¿verdad? —

sugirió ella maliciosamente.

—Por supuesto —contestó Forrell, inclinando el rostro.

Pero de pronto se dio cuenta de que había muchos pares de ojos contemplándolos con aire divertido.

—Hay mucha gente —suspiró, resignado—. Tendremos que esperar hasta nuestro regreso.

—El tiempo se me hará muy corto a tu lado, de todas maneras —dijo la joven, apoyando la cabeza en el pecho del comandante.

FIN